

Por Rodrigo Chávez González

ESTUDIOS DE IDIOSINCRASIA REGIONAL



Conferencias
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

ESTUDIOS DE IDIOSINCRASIA REGIONAL

—«La realidad ecuatoriana, señor Presidente, es la que debe ser enclaustrada por los hombres de la Universidad, y esta realidad se presenta a los ojos del sociólogo, desgraciadamente, como una realidad que *no es uniforme*, debido a la diversidad de condiciones climáticas, éticas, de costumbres y al distinto grado de evolución que existe de una zona a otra. La realidad no se presenta como un todo homogéneo; todo lo contrario, es eminentemente heterogénea. Si miramos los problemas de la Costa, veremos que no son los mismos que aquellos que podemos señalar en la Sierra. En la Provincia del Azuay, por ejemplo, encontramos cierta clase de condiciones completamente diferentes a las de las Provincias del Centro, a las de Loja y las del Guayas, que son las cuatro zonas en que funcionan Universidades. Esa desintegración de la realidad social ecuatoriana, explica, acaso, la razón de ser de los cuatro Institutos Universitarios que tenemos. Es necesario que cada uno capte la realidad local y sienta las bases para el conocimiento definitivo de la realidad nacional, mediante la conjunción de sus resultados de investigación y estudio».

(Discurso del Diputado por el Azuay, Aguilar Vázquez, en defensa de la Autonomía Universitaria, en el Congreso de la República. Octubre de 1934).

PRIMERA CONFERENCIA

I

Motivos de la Conferencia

Establecidas las bases sociales de la Campaña Criolla, nuestras disertaciones tienen por objeto robustecer dichas finalidades, con el único fin de que se conozca nuestra verdadera idiosincrasia regional, muy diferente a la de nuestros altiplanos, desde sus orígenes étnicos conocidos, comprendiendo esta vez que el factor étnico es la base fundamental para esa marcada diferenciación.

Nuestra campaña, que se inició en 1926 en las columnas del diario EL UNIVERSO, dos años antes de fundarse la Asociación Regional del Montuvío, ha sido muy combatida como regionalista disociadora, especialmente por el régimen centralista unitario que nos gobierna, por el gamonalismo y por el capitalismo, que aún conservan la esperanza firme de sostenerse sobre la ignorancia de las masas. El primer paso para despertar la atención pública por nuestra parte fué la promoción y efectuación de la Fiesta Regional del Montuvío, en la ciudad de Guayaquil el 12 de octubre del año citado, festividad que se ha venido celebrando consecutivamente desde entonces.

No se puede negar que una gran corriente regionalista (especialmente federalista), patrocinó y estimuló dicha fiesta, y gracias a que la discordia estaba sembrada se logró conmover las fibras del espíritu popular y aún explotar la lucha de las bancocracias de Guayaquil y Quito, dándosele, en principio, un aspecto de democracia en contacto con las esferas capitalistas y pseudo-aristócratas, hasta que, poco a poco, se ha convertido en una festividad eminentemente popular, de clase media para abajo. Los medios para establecer definitivamente la campaña eran muchos, y entre ellos se destaca el anotado arriba, dando resultado apetecido.

Serenados los ánimos, establecida ya nuestra Asociación y con bases aprobadas por el Ejecutivo, necesitamos una me-

jor difusión de ideas para que el público se dé cuenta exacta del espíritu que nos anima y sobre qué bases descansan nuestras finalidades y cuál es el aporte que ofrecemos para el estudio y observación de nuestro medio social.

La primera conferencia no es sino un ligero estudio o exposición de las conclusiones a que hemos llegado, tras larga investigación sobre los orígenes de nuestra idiosincrasia montuvia, y hemos tratado de evitar, en cuanto nos ha sido posible, la sucesión de citas de notables autores en que nos hemos basado y para no pecar de exhibicionismo erudito.

Si lo afirmado no basta para robustecer las bases de la campaña sostenida por nuestra Asociación, bastará, cuando menos, nuestra posición definida de lucha ante la injusticia social, la incomprensión y la maledicencia. Se ha asegurado que nuestras finalidades radican tan sólo en la celebración de la fiesta anual del Montuvio, y los que tal han afirmado o no han querido ver claro o no han comprendido nuestra misión. Se han encastillado en un solar de burletas e ironías sin querer comprender ni ver más allá de sus narices.

Nosotros contemplamos una realidad, no sólo regional, sino también nacional. Hemos encauzado nuestras labores a las cinco provincias del Litoral porque en ellas está el Montuvio, porque en ellas vivimos, hemos nacido y conocemos más de cerca; pero bien mirado y con serenidad de criterio, nuestra labor tiende, en su parte más noble, a dividir convencionalmente y convenientemente las legislaciones unilaterales que hoy perjudican tanto a la Sierra como a la Costa. En Ecuador se presenta un problema semejante al del Perú debido a la influencia fisiográfica, tan bien descrito por Mariátegui. Nuestro país está también, dividido en tres principales regiones: la Costa, la Sierra y la Montaña, y ante esto diremos, como Mariátegui al referirse al Perú: «Y esta división no es sólo física; trasciende a toda nuestra realidad social y económica».

Moisés Sáenz, escritor mexicano, ha dicho: «Yo no creo en el determinismo geográfico hasta el grado de suponerlo más fuerte que el genio de un pueblo», y no negamos, siquiera tal afirmación, aún cuando el escritor mexicano sigue en la creencia histórica de que los Incas lograron establecer por completo su cultura en Ecuador y hasta que conquistaron la Costa. Nosotros no sólo dudamos del determinismo geográfico como impedimento de fusión y consolidación nacional,

sino que, para un futuro, ni los factores étnicos los consideramos suficientemente fuertes para impedir la unión; pero si estamos seguros de que mientras no se realice un acercamiento vital y una fusión lenta y firme entre las dos regiones, el factor étnico y geográfico debe ser contemplado y estudiado seriamente en la Carta Constitucional, para darnos una mejor organización y más firme legislación social.

Si nuestra voz fuera oída, los Indios del altiplano y los Montuvios de la bajo-planicie recibirían por igual el beneficio de una legislación y organización social bifaz, que contemplando sus diferentes orígenes, idiosincrasias y derivados, esté más de acuerdo con la realidad actual.

Vamos a buscar nuestros orígenes étnicos, y que sea nuestra disertación humilde un grano de arena para los estudios sociológicos que recién se inician en nuestro país.

Ante todo, debemos aclarar, para que no se resientan los admiradores de Spengler y Keyserling, que nosotros en nuestra América, si queremos hacer sociología científica, debemos comenzar por la etnología, y aún más, por la antropología, pues no tenemos la sucesión interminable de la mezcla tan confusionada como Europa, y, no obstante las fusiones que se notan en nuestra pre-historia, nos permite con bastante claridad realizar la clasificación racial y el estudio de las capacidades y cualidades propias de cada raza, en un plano aproximado a la realidad.

Primeros habitantes de América y Ecuador

Sin defraudar teorías y sin pretender establecer nada concreto, podemos asegurar que se ha mentido mucho en cuanto se refiere a los primeros habitantes de América. No podemos, sin pecar de audaces, señalar aproximadamente los primeros pobladores de nuestro Continente, y por lo tanto de Ecuador. Es todo tan incierto, tan vago, tan remoto.....

Pero es necesario contemplarlo, y hasta permitirnos hipótesis.

—«La herencia del pasado obra en la evolución de un pueblo con enorme fuerza generatriz, por muy remota que parezca la contribución de las prehistóricas civilizaciones», ha dicho Jaramillo Alvarado, y, ante esta afirmación, fuerza es

que contemplemos de dónde venimos y qué somos; por qué esa marcada diferencia entre habitantes de la Sierra y de la Costa, que muchos no han querido aceptar como realidad, ya por falta de observación, ya por un afán mal entendido de patriotismo barato, creyéndose que la unidad nacional se va a dislocar porque hayan dos razas distintas, o tres o cuatro, en un país, y dando margen a que esas leyes generales para dos o más zonas diferentes puedan mantener con mayor fuerza esta República mal unida y en constante desacuerdo por un régimen centralista, unitarista y absurdo, si observamos serena y «hasta» patrióticamente los hechos. Poco nos importa lo que piensen los patriotereros; estamos en pleno ciclo de discusiones sociológicas, y es nuestra realidad social lo que por hoy nos interesa, tanto a los Costeños como a los Serranos.

Otto Lehmann, Director del Museo de Altona, ha declarado que una nación o un pueblo, cualquiera que sea, se rige por leyes propias que provienen de sus orígenes, su historia y su posición particular; que toda nación lleva en sí misma «la herencia de sus antepasados», y está sujeta, al mismo tiempo, a leyes irresistibles de su medio.

No se puede, pues, obligar a un pueblo que habita en una región diferente, de origen, costumbres e idiosincrasia diferentes también, a llevar la misma norma de vida, las mismas leyes, los mismos fueros o tutelajes, libertades o esclavitudes, sistemas educacionales y código policial, que la otra. Si queremos hacer legislación social nueva, estudiemos los problemas. Hasta hoy el Liberalismo no ha hecho otra cosa que conceder libertades inconsultamente, sin que esas libertades hayan servido de otra cosa que de cadenas para los mismos que se ha creído liberar.

Y regresemos a nuestro tema.

Aquí surgen varias interrogaciones. ¿Podemos saber con exactitud o siquiera aproximadamente el origen de nuestras razas aborígenes de América? ¿Podemos decidir sobre los primeros pobladores del Ecuador y sus diferentes zonas?

La antropología, ayudada de la arqueología, paleontología y geología, apenas si nos acaba de confundir con respecto a los primeros pobladores del nuevo mundo.

—«Las razas de la América tienen un solo origen», aseguran los sostenedores de la unidad étnica americana. ¿Será posible esto?, y bien cabe esta interrogación de antiguo pedagogo dogmático

No faltan quienes aseguran que los llamados «Mound-Builders», raza misteriosa que habitaba el valle del Mississipi y norte del Golfo de México, fueron los primeros habitantes del norte de la América, progenitores de los enormes «pieles-rojas» y aún de todas las razas del Continente. Sus restos fosilizados denotan una edad incierta, muy remota, y sus craneos mesaticéfalos y dolicocéfalos en desproporción han puesto en graves meditaciones a los más afamados antropólogos, prestándose en su principio a dudas y contradicciones.

¿Fueron los «mound-builders» los hombres paleolíticos de América? ¿Fueron éstos, cual nuevos Adanes y Evas, los progenitores de las razas del Nuevo Mundo? ¿No serán más antiguos, aún, los fósiles de Tacarigua encontrados por el venezolano Requena, seres cuya dolicocefalia es casi monstruosa; o el «hombre del Plata» de que nos habla Ameghino?

En el lago de Tacarigua ha encontrado Rafael Requena craneos y fémures humanos de proporciones desconcertantes junto a «eolitos» que según el abate Bourgeois fueron hombres del comienzo o albores de la humanidad. Junto a esos mismos fósiles humanos se encontraron (en las mismas capas geológicas) restos y craneos de un reptil herbívoro, que debió ser gigantesco —(textual)— y pertenecer a las extinguidas familias de los grandes saurios y hasta de los dinosaurios», de los finales del período terciario. Ameghino, en su obra LA ANTIGUEDAD DEL HOMBRE EN EL PLATA, acepta la hipótesis de que el hombre vivió en América junto al mastadonte, al megaterio, al texodonte, al tipoterio, al maquerodo, al glipodonte, etc.

Sin embargo, difícil sería dilucidar sobre ello, y más cuando las leyendas y la misma historia, basada en las primeras, nos entorpecen a cada paso el camino. Y repetimos: nos vamos a estos extremos, sólo para descorrer el velo que ha envuelto en engaño a nuestro pueblo sobre la certeza de nuestros orígenes prehistóricos, que con tanta sangre fría han establecido nuestros historiadores.

Una leyenda, que ha sido notable estímulo para la arqueología y paleontología, confundiendo a la historia, es la supuesta costumbre de que las tribus paltas, que poblaban nuestra región de la Provincia de Loja, coincidían con las tribus Mantas, Caribes y Mayas en la costumbre bárbara de achatar craneos, alargarlos, etc. Falta averiguar si tal costumbre fué verdad, tanto en los Mayas como en los Caribes,

Mantas y Paltas, pues el hallazgo de cráneos fosilizados de recién nacidos, en lugares ya citados, junto a los de mayores, hace presumir que más bien se trata de una raza de marcada desproporción doliocéfala.

El Dr. R. E. Heath, citado por Requena, trató de rebatir la existencia de la costumbre de achatar cráneos, y asegura que «el hallazgo, en una momia, de un feto de siete u ocho meses, que tiene la misma deformación del cráneo, ha puesto duda en cuanto a la certeza de este hecho». Y a esto se añaden los valiosos descubrimientos del mismo Requena en las inmediaciones del lago de Tacarigua, donde encontró toda una población de fósiles de cráneos, como hemos dicho, fenomenalmente doliocéfalos, entre ellos muchos de pequeños de muy poca edad.

Sí debemos atenernos a las medidas antropométricas para señalar la edad del hombre podemos colocar al que llamaremos «Hombre de Tacarigua» junto a los conocidos con los nombres de «Hombre de Neanderthal», «Hombre de Pildown», de «Cro-Magnon», etc., etc., y no es aventurado, de acuerdo con las dudas e hipótesis del mismo sabio venezolano, avaluar la existencia del hombre de Tacarigua en unos cuantos milenios anteriores a los arriba citados.

En el Museo de Guayaquil encontramos un cráneo humano que se exhibe bajo el nombre sugestivo de «Cabeza de un Jefe Cañari» junto a un cráneo de mono, ambos de estructura semejante y que llama mucho la atención de los visitantes. La «Cabeza del Jefe Cañari» es, como la del *Pithecanthropus-erectus* de Java: «demasiado pequeña para el hombre y demasiado grande para el mono.»

¿A qué raza perteneció ese cráneo encontrado en el subsuelo de Cañar?

Es muy probable que los historiadores de primera hora, al encontrar esos vestigios de hombres paleolíticos en Loja, no sabemos si en Manta y en el mismo Yucatán, se imaginaron la existencia de tal costumbre bárbara. Lo poco avanzado de la ciencia en aquella época en Europa, la dificultad para traducir las lenguas aborígenes y la novedad de semejantes cráneos, hizo confundir, mezcladas de supersticiones, la imaginación y fantasías españolas. Por otro lado, los mismos indígenas encontrados por los españoles pudieron tener tal leyenda, pues es de suponerse que no conservarían recuerdos ni siquiera remotos de tales seres que habitaron muchos miles

de años antes que ellos el territorio que les pertenecía a la llegada de los españoles, y que les sucediera lo que a los ibéricos, que inventaron leyendas ante los fósiles de la edad de piedra. Hay afirmaciones, por otro lado, de que los paltas de Loja descendían de tribus Caríbes, cuyos orígenes remotísimos se encuentran en desproporción dolícocéfala. ¿Pudieron tener tal leyenda los caríbes?

Max Uhle asevera: «Generalmente la población de esta región —(interandina)— era dolícocéfala. Las poblaciones de la Costa eran braquicéfalas», e insiste en otro párrafo de su conferencia sustentada en Quito en 1924: «Los Mayas pertenecían a la raza de los cabezas cortas» (braquicéfalos).

La comprobación de que nuestras tribus costeñas y los mayas de Yucatán eran braquicéfalos nos pone más en duda de sobre la leyenda citada, pues a no dudar fueron tribus antecesoras a los Mayas y Mantas las de las cabezas achata-das. ¿Se puede asegurar la época en que, tanto en Ecuador como en los territorios mexicanos habitaron esos contemporáneos del tipo neanderthaloide?

González Suárez, después de investigaciones que ocuparon lo más precioso de su vida, declara en su famosa Historia del Ecuador: «Después de largos y trabajosos estudios se adquieren escasos resultados, que a menudo bastan apenas para apoyar conjeturas más o menos verosímiles.»

Hasta hoy es, pues, bajo todo punto de vista, imposible señalar con certeza los orígenes verdaderos de nuestras razas en Ecuador y aun en los demás puntos de América. A pesar de que D'Orbigni, D'Hallo y Maury clasifican tres grupos de «razas» distintas en nuestra América Meridional, hay otros que sostienen que la preponderancia asiática fué la que introdujo la variación étnica, no faltando quienes nos otorguen orígenes africanos, admitiéndose esto en parte si vemos la semejanza de las civilizaciones maya y egipcia. Pero ni los tres citados coinciden entre sí, ni debemos aceptar que fueron uno o tres los orígenes de nuestras razas, sino varios, y que hoy nos encontramos con ejemplares raciales perfectamente distintos en cuanto a descendientes de aborígenes se refiere, especialmente en Ecuador, donde parece convergieron en distintas épocas las civilizaciones primitivas del Continente.

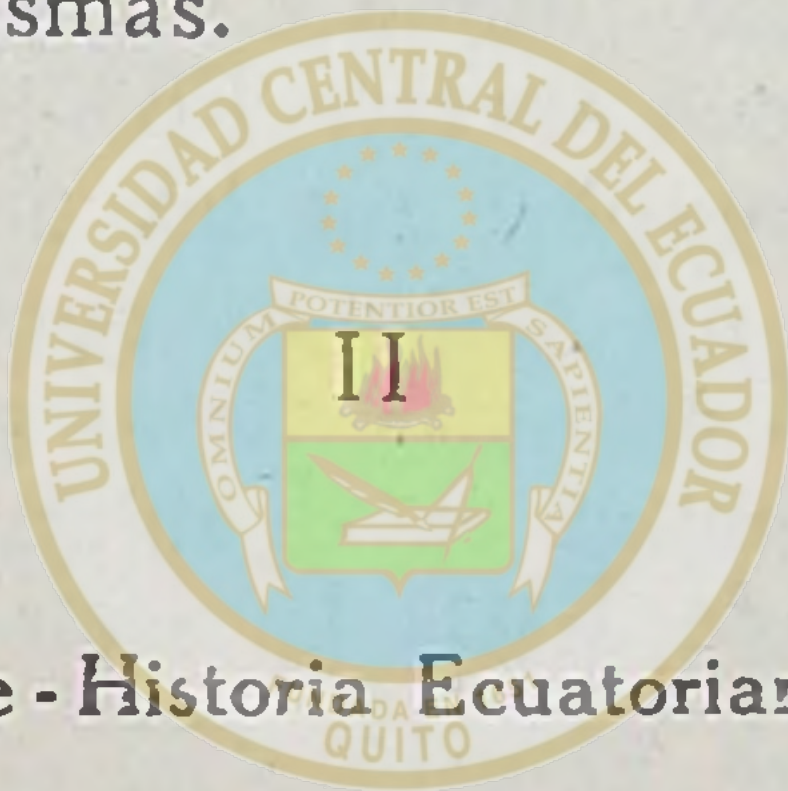
Cada día y a cada descubrimiento se confunde más la ciencia y aquí vale la oportunidad para ratificar la expresión

de Kieder: «Las Américas constituyen un laboratorio ideal para el estudio de los orígenes de la civilización.»

Nos hemos permitido la digresión anterior, no con otro fin que el de manifestar nuestras dudas acerca de los orígenes supuestos de nuestros habitantes. Estamos lejos de aceptar aquello de que es necesario inventar historia si no la hay, como aquellos que piensan que es necesario instruir en religión al pueblo para ponerle un freno moral. El patriotismo no debe basarse en mentiras. Si no sabemos exactamente nuestros orígenes, debemos decirlo con entereza.

Con todo, dejemos a la ciencia que investigue, y aproximémonos a lo más conocido, sobre lo que ya podemos opinar, y refutemos las mentiras de la historia para facilitar el estudio de nuestra verdad a la sociología moderna.

Tenemos que llegar a la comprobación de nuestra tesis sin recurrir a los sofismas.



Pre - Historia Ecuatoriana

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Mientras más nos profundizamos en estudios antropológicos y etnológicos más confusión y contradicción encontramos. El achatamiento del cráneo en la forma que dice la leyenda lo conceptuamos bajo todo punto inadmisibile, y a esto argumenta el venezolano Requena la imposibilidad de dar forma dolicocefala a un cráneo braquicefalo ya crecido y aun de recién nacido. La contracción, a fuerza de golpes o con tablas que soporten grandes pesos sobre la cabeza, podrían haber provocado la muerte en el infante y jamás en el adulto una deformación tan marcada sin la alteración de toda su constitución craneal ya desarrollada. El experimento monstruoso de las «tschanzas» o cabezas reducidas, tiene en la ciencia su admisión, no sólo por la realidad de su existencia, sino por la desosamentación de ellas y la contracción de la piel. Es indudable que se trataba de una raza antropoidal, o, tal vez, de muchas razas precursoras de la actual especie humana, en un período que, si no fué el final del terciario, bien pudo ser el comienzo del cuaternario. La existencia de los

hidrocarburos, permocarburos, caolín, restos de animales antidiluvianos como el Ñandú, Mastodonte de Indias, etc., no hacen tan joven a nuestro Continente, al menos para la vida animal y, especialmente, la humana.

La proto-historia no nos dice nada sobre orígenes étnicos, y en cuanto a la Pre-historia hay mucho que cortar.

Sobre la unidad étnica, no tanto americana continental, sino más estrechamente la de Yucatán para acá, hasta Bolivia y sur del Perú, es difícil afirmar contactos inmediatos. La opinión tan generalizada del común origen centroamericano de los pueblos aymarás y quechua no se puede probar, y lo más que se puede considerar es que los quechuas o Incas eran tribus de contactos aymarás muy lejanos.

Las culturas Proto-Nazca y Proto-Chimú fueron casi paralelas de la del Tiahuanaco en el Perú. La Tiahuanaco recibió la influencia Proto-Chimú y Proto-Nazca, mas no éstas la de Tiahuanaco, según asevera Phillip Answorth Means, y no se ha podido comprobar que las de la costa hayan sido influenciadas por las del altiplano, pues las Proto-Chimú y Proto-Nazca son más definidas, claras y preponderantes. En Ecuador podemos admirar en el altiplano la cultura Cañari, que ya se ha probado hasta la saciedad su origen maya-quiché.

El sistema de sepulturas conocido hoy bajo el nombre de «tolas» no constituye argumento decisivo para la comprobación de la unidad étnica en varias zonas de América, cuyo argumento se ha pretendido usarlo como prueba irrefutable en los entronques de los Caras. No sólo sería aventurado afirmar que sólo fueron los Caras los que tal sistema emplearon; los egipcios primitivos parece tuvieron también el mismo sistema panteónico antes de inventar el embalsamamiento y la forma mayestática en la posición de sus célebres momias; en Centro América era costumbre antiquísima, según podemos observar en excavaciones donde habitaron ciertas tribus mayoides; en Venezuela se comprueba en los «cerritos» de Tacarigua; la empleaban también en algunas partes del Perú primitivo; la encontramos en nuestro Litoral, y, lo que es más curioso, la usaban tribus primitivas de la China y el Japón.

Sobre la semejanza en la cerámica de los pueblos aborígenes americanos, ya González Suárez lanzó en su Atlas Arqueológico una opinión aventurada para su tiempo, cuando aún no se habían realizado los más importantes trabajos ar-

queológicos sobre América: «Es cosa digna de llamar la atención esa no sólo semejanza sino *identidad*, que se nota entre las obras de cerámica de naciones *muy diversas* y muy apartadas unas de otras, así en el espacio como en el tiempo. Exáminese las obras de los tiempos prehistóricos de la Grecia y de Italia, y se encontrará semejanza con las peruanas y mexicanas de los aborígenes del hemisferio occidental». En otro párrafo González Suárez se refiere a los descubrimientos hechos en Isarlick por Schliemann en la antigua Troya, con objetos idénticos a los mayoides del Litoral peruano, y que nuestro historiador tomó por incaicos.

En la más reciente excavación de Troya (la novena que se ha hecho) se han encontrado cuentas parecidas a las de Puná, así como estampadoras y pintaderas semejantes a las nuestras. ¿Qué relación existió entre éstos y los de allá? Aquí tendría el profesor venezolano Requena para una deducción más sobre su teoría de la Atlántida.

Vean Uds. si no es para pensar en serio sobre la antigüedad de nuestras civilizaciones, desaparecidas ya a la llegada de los españoles, con la afirmación que hace el célebre profesor alemán Dr. Roberto Heseling, en su conferencia en la Universidad de Berlín, en noviembre de 1933, declarando: «Todas las civilizaciones superiores de la región euro-africana, incluyendo a la China de los tiempos remotos, no eran más que colonias de una cultura primaria, cuyo asiento está, total o parcialmente, en el Continente americano».

Poca cosa, eh?

Y se funda el Dr. Heseling en que los Mayas en el año 8498, a. de C., comenzaron su cronología (según se puede descifrar en los Códices), por las inscripciones de años, ciclos, etc., en una edad en que los chinos aún no la habían hecho, sino poco después y en forma inferior, basados, igualmente, en observaciones astrológicas. Termina el sabio alemán afirmando: «Su astronomía era incomparablemente superior a la china y su civilización *más antigua*, por lo que está justificado creer que los chinos no hicieron más que recibir prestado de fuentes exteriores».

Un detalle que nos deja algo perplejos es la semejanza hierática y la pose yacente de muchos de nuestros idolillos litorales con los dibujos egipcios, así como atavíos cuadriformes semejantes a los romanos, muy lejos de parecer incaicos o mayas.

Por otro lado se ha querido confundir los adornos que llevaban nuestras tribus prehistóricas, constatados por los objetos arqueológicos, con los de los «orejones» del Incario, y ello sólo acusa una falta de observación. González Suárez dice en su Atlas que «los pendientes de los de Manabí son de figuras variadas y caprichosas, al paso que los de los Incas tenían, por lo común, una sola forma, que era la de una grande rodaja colgada de cada cartilago». En los Códices Mayas, podemos ver pendientes similares a los de nuestro Litoral en el dios Mul-Tult-Zec, divinidad de la nariz ornamentada, y que también los exhibe en las orejas, lo mismo que en Cul-Cutl-Cán, una de las divinidades de los veinte días mayas y que correspondía al dios serpentil o joven, según Landa.

El llamado dios de Palenque (nombre igual tenemos en la provincia de Los Ríos en nuestro litoral), que admiramos en la obra de Brasseur, semejante a otros dioses yucatecos exhibidos por Dupaix, Bravant y los hermanos Villacorta, en actitud búdhica, nos confirma la suposición de González Suárez, de que las razas de Manabí y Palenque eran una con las de Guatemala y México. González Suárez se funda en la cabeza de un perro de barro crudo —(Jun-Ra-Cán?—preguntamos nosotros)— encontrado en Manabí, semejante a las cabezas caninas que servían de sostén a la silla del dios de Palenque, que a su vez era idéntica a la que caracterizaba al representante del fuego y la tempestad en México.

Se ha dicho, en defensa de la unidad étnica, que los Caras coincidían con los pueblos centroamericanos en el uso de máscaras o caretas. No sólo con los centroamericanos coincidían en ello, sino con casi todos los pueblos de la América prehistórica, y no lo conceptuamos un argumento suficiente para señalar como seguro el origen de los Caras allá, y menos por la costa pacífica.

Cada vez nos confundimos más los que, por exceso de meticulosidad y siempre la mirada en una finalidad apartada del patriotismo común, buscamos con afán la verdad de nuestros orígenes conocidos, para buscar también los orígenes idiosincrásicos de nuestras razas, unas aún aborígenes, otras sustentadas a través de un lento meztizaje.

Diferencia existe, enorme, marcada, no sólo marcada por un proceso ambiental fisiográfico, sino étnico, indudablemente.

Y así, de buscar en la prehistoria, de sacar lo que puede ser verdad y de acuerdo con la realidad actual, vamos llegando lentamente a la época moderna, deslindando la leyenda de la historia, permitiéndonos hipótesis y siempre la mirada puesta en el futuro, no obstante que estamos en el pasado aún.....

III

Los Caras

Una de las leyendas que más ha preocupado a nuestros historiadores y hombres de ciencia, ha sido la de los famosos Caras. ¿De dónde vinieron? ¿Cuál su origen?

González Suárez, con su reserva acostumbrada, nos dice en el Cap. II de su Historia: «Se ha fijado el siglo VIII de nuestra Era como la época en que se verificó el arribo de los Caras a las costas del Ecuador; pero no hay motivos sólidos y convincentes para que admitamos esa fecha y la fijemos con toda seguridad. Lo mismo decimos del tiempo que permanecieron los Caras en la costa y de la época en que conquistaron el Reino de Quito. Todo cálculo es inseguro, toda fecha aventurada». El razonamiento de nuestro historiador nos hace presumir, a más de la inseguridad de dar crédito a la leyenda, la duda que él mismo tenía sobre tal inmigración, pues en otro párrafo en que se refiere al trabajo de la piedra de las tribus costeñas, declara que los Caras no labraban la tierra, y que más bien los orígenes de las tribus manabitas podrían estar en los aborígenes de la isla de Pascua o en esos pueblos misteriosos (entonces) de Centroamérica.

Se cree que la famosa tribu Nahuatl pobló o habitó en la Costa, subió a los Andes y hasta dió origen a la civilización Puruhá, influenciando mucho en la Aymará, de donde se ha tomado la errónea certeza del origen aymará centroamericano. Fueron, pues, los Nahuatls los que enseñaron a labrar la piedra en el Interande y, como se puede ver, si los Caras pasaron por la costa pacífica, fácil les hubiera sido aprender el labrado de la piedra, ya que las tribus de Manabí habitaban esa región algunos siglos antes de la supuesta aparición de los Caras.

¿No pudieron ser los Caras, más bien, una invasión caribe del Atlántico, de esas que poblaron la hoya amazónica? A este respecto Queatrefages deja un campo vasto para suponerlo.

Para sostener nuestras afirmaciones sobre la diversidad de razas en Ecuador y más aun en la diferencia marcada de las razas que poblaban nuestro Litoral e Interande, no nos basamos, pues, en la historia, que a su vez se ha basado en la leyenda. Tomamos de ésta lo admisible y lo que está de acuerdo con la ciencia, la crítica histórica y sus auxiliares. «El Ecuador es un país sujeto a su situación de diversidad, podemos decir con Teodoro Wolf y del fenómeno geológico de la cordillera dependen todas sus condiciones orográficas, hidrográficas, climatológicas, biológicas y hasta las etnográficas.» Y se explica: las diferentes razas que en épocas remotas llegaron al meridiano, se establecieron cada cual en su clima y topografía similares a las que abandonaban.

—«Es un hecho que cualquier ensayo que ha tomado como primer punto de vista sólo las propias tradiciones de una tribu —escribe Max Uhle, siempre ha ido al fracaso. Así la propia historia de los Incas no nos cuenta nada sobre el antiguo pasado de todo el Perú», y agrega en otro párrafo de su citada conferencia: «De la misma manera fracasó completamente toda la historia de México antiguo, con la tendencia de tomar como base las antiguas tradiciones mexicanas sobre la llegada de los Toltecas, antecesores de los Aztecas.»

Gran parte de la leyenda Shyri, Quito, Puruhá, Cañari, etc., podemosla encontrar con una prolijidad casi infantil en el P. Juan de Velasco, nuestro primer historiador, que, a su vez, funda muchos argumentos en historiadores de primera hora, no pudiendo tomarse como verdad muchas de sus afirmaciones, sino como «meras conjeturas», como asevera González Suárez.

Las leyendas del Padre Velasco, de donde se han confeccionado tantas historias para nuestros textos de enseñanza, deben quedar, con todo respeto, para estímulo de la ciencia que se empeña en destruirlas en sus bases fundamentales. No obstante la defensa de Federico Proaño y Pío Jaramillo Alvarado a Velasco, la ciencia las refuta en mucho. La existencia del Reino de Quito puede ser realidad prehistórica a lo que aparece, pero, ¿no se deberá la grandeza en extensión de ese reino, limitada indudablemente, después de la división he-

cha por Huayna-Capac para sus dos hijos Huáscar y Atahualpa? Las afirmaciones de Jijón y Caamaño nos parecen exageradas en grado máximo, pero un tanto patrióticas y exageradas las de Jaramillo Alvarado. Ambos se fundan en afirmaciones tácitas de historiadores, y ya sabemos con qué reserva hay que admitir a éstos.

El geógrafo Wolf, a pesar de dar por cierta la inmigración Cara por nuestras costas pacíficas, no puede menos que confesar su confusión y conjetura sobre la aparición de éstos. Después de un comentario, que no nos dice nada convincente, llega a la conclusión de que el año mil encontramos a los Caras en la posesión de la provincia o Reino de Quito. Lo más notable en Teodoro Wolf es la precisión con que señala rutas, dinastías, leyes, sistemas, etc. de los Shyris, teniendo como norte siempre a Velasco, a quien el mismo Wolf califica de «haber dado rienda suelta a su fantasía.» Wolf cita con frecuencia a Villavicencio, que tuvo, a su vez, como abrevadero a Velasco.

Realidad o no, los Shyris y el Reino de Quito prehistóricos debemos de confesar que nunca pudo ser un gran reino ni nación que absorbió a los países circunvecinos. Von Buchwald y el mismo Rivet que argumenta en su favor Jaramillo Alvarado, han hecho sus divisiones étnicas, el uno basado en la filología y el otro en observaciones dignas de crédito. Si no se tratara de una conferencia y por temor de cansar al auditorio, exhibiría aquí valiosas transcripciones que robustezcan nuestra tesis, ofreciéndolo hacer en un próximo libro sobre estas arideces, que, sin embargo, siempre son provechosas para los estudios idiosincrásicos en donde abreva hoy la sociología moderna. Por otro lado, no obstante el esfuerzo quiteñista de Jaramillo Alvarado, lo apreciamos en lo que vale y como ecuatorianos se lo agradecemos. La labor de Jaramillo Alvarado en favor del Indio conmovió el corazón de América. Su obra no deja de ser grande, aun si en error ha incurrido, como podemos incurrir nosotros. Su posición revolucionaria es, como la nuestra, de barricada antes que de laboratorio.

Si Jaramillo Alvarado busca en la prehistoria y leyendas argumentos para estudiar una realidad idiosincrásica actual del Indio, nosotros, con menos erudición pero sí muy claro estudio de la realidad seccional, lo hacemos para el Montuvio. Sobre el asunto tan discutido de Velasco hay para mucho

argumentar. En el mismo libro de Jaramillo Alvarado, el Padre Le Gouhir anota: «Velasco, en el triple empeño de dar consistencia a la tradición, de atenerse a muchos autores originales y enaltecer *más de lo justo* al Ecuador primitivo, cayó él también en *no pequeñas* exageraciones respecto de la cultura y poderío de la raza Cara.»

El mismo Velasco dice acerca de la primera etapa de la historia de los Quitus y Shyris: «Siendo la primera de muchos siglos, es la más corta, POR IGNORARSE TODO LO QUE PERTENECE A ELLA.» Sobre la segunda se expresa: «Daría sobrada materia, si se hubiesen de escribir FÁBULAS y HECHOS MUY DUDOSOS, pero de ALGUNA probabilidad y argumento».

¿Podemos admitir eso como historia? Y en cuanto al resto, se podía aceptar su mitad en verdad, y sólo llegaríamos a la conclusión de la existencia de un limitado Reino de Quito, algunos nombres de sus supuestos monarcas, que más bien serían Caciques o Régulos de cierta importancia; pero no se nos puede convencer de esta tenazmente llamada «unidad nacional prehistórica», que por otro lado perjudica para los estudios de las psicologías ambientales de las diferentes regiones de Ecuador.

La filología y la glotología en Ecuador debemos admitir con cierta reserva en lo referente a nuestros aborígenes. Ignorando el remotísimo origen de nuestras razas de la Sierra y de la Costa; coincidiendo todas las lenguas primitivas del mundo por el onomatopeyismo instintivo de las primeras modulaciones de habla humana, y, siendo nuestras lenguas de orígenes inciertos, no sólo se prestan a contradicciones entre los filólogos y glotólogos, sino a comparaciones con similares fonéticas de razas de otros continentes. Por otro lado, las razas en la antigüedad viajaban, ya impulsadas por el espíritu naturalmente errante de los comienzos de las civilizaciones, ya por los frecuentes cataclismos geológicos de ese entonces, y de ahí la facilidad para confusión de los científicos en un continente que presenta un velo denso en sus orígenes humanos.

La «toponimia» es uno de los argumentos de Jaramillo Alvarado para la grandeza del Reino de Quito, para fijar la ruta de los Caras y su arribo a las costas, su ascensión a la cordillera, etc. Aceptar seriamente la toponimia es igualmente peligroso y aun más todavía que la filología sin reservas. La toponimia que nos legaron los españoles, el cambio que

sufrieron las frases indígenas con la fonación española, castellano o lenguas regionales de España, no nos dá por sí sola nada definitivo sobre la unidad étnica ecuatoriana de pre-historia, pues si nos basamos en ella tenemos que llegar a un acuerdo tácito de que somos descendientes de europeos primitivos en nuestra época aborígen. En las «Crónicas del Guayaquil Antiguo» nos encontramos con un intríngulis lingüístico y que tomamos de él lo necesario que puede estar íntimamente relacionado con los nombres Caras, Caranquis, Caracas, Caribes, etc., argumentos toponímicos de «El Indio Ecuatoriano» para la extensión y poderío de los Shyris.

Tubal es llamada la lengua éuskara y en Florida tenemos al pueblo de Tobal. Habana deriva de Havan, hermano de Tubal, ambos hijos de Jafet. Magog fué hermano de Tubal y en México hay un pueblo que llama Amagog. Yucatán, nombre aborígen, viene de Yuctán, que era el nombre de un sobrino de Tubal. Nata, aborígen de Panamá, viene de Nata de Andalucía, y en cuanto a la toponimia Cara, va esto: Coca, Caravaca y Caraburo están en Africa y Gibraltar; de España era Caracas, y aquí anotamos una broma del autor citado: «Y los Caras, que vinieron presididos por Carán, provenían de la Vasconia...» Tumbalá y Tumbal son fonaciones hermanas de Tubal, y en cuanto al Sinchí-Rocha citado por Oliva, su segunda parte es un apellido español muy común.

No es, pues, muy acertado como conclusión definitiva buscar el origen y relaciones de nuestros aborígenes entre sí en la toponimia, porque tendríamos que buscar relación inmediata (que bien la pudo haber) con el antiguo continente. El sabio doctor Francisco Campos (padre) nos puso a los huancavilcas en contacto con los griegos, y el doctor Rocha casi nos hace hebreos.

No es posible asegurar una unidad étnica prehistórica y la realidad actual la refuta terminantemente. La etnografía costeña de pre-colonia es más clara aún que la interandina. Nuestra cordillera ha presentado a la ciencia, a más de innumerables dificultades, no pocas contradicciones lamentables. Escribe Max Uhle: «Con clarividencia del hombre científico también el Arzobispo González Suárez, vió ya en 1904, que la historia de un Imperio Shyri, contada por Velasco, carecía de fundamento. Quizá el nombre de un cerro «Shyri» cerca del valle Jubones es el único punto sustancial de todo el re-

lato. No hay en la sierra del Ecuador NINGÚN tipo de civilización de la EXTENSIÓN UNIFORME, de la magnificencia de aspecto, necesarias para la representación especial de un Imperio de los Shyris, que haya existido en la forma que quiere atribuirle Velasco.»

Llegamos a la conclusión, pues, de que los pueblos de nuestra cordillera sometidos por los Incas no eran ni naciones grandes ni menos podríaseles atribuir los nombres de reinos o imperios. Eran, sencillamente, tribus, «aillus», pequeñas naciones, entre las que se destacarían los «Puruhás», «Caranquis», «Cañarís», etc., sin constituir grandes masas de pueblos o confederaciones. Max Uhle lo corrobora en sus afirmaciones: «No hay vestigios de ningún imperio en la Sierra anterior a los Incas», aunque sí debemos admitir, con mucha reserva, las afirmaciones de este notable arqueólogo alemán acerca de que la mayor cultura encontrada en nuestros Andes era incaica, pues ya sabemos que los Incas no tenían cultura propia o creadora.

En nuestras costas no existió jamás un imperio grande ni nación de proporciones que abarcaran siquiera toda la región, y si lo hubo fué en épocas remotísimas de invasión maya, cosa que no podemos asegurar.

Lo que sí probaremos más adelante es la unidad étnica del Litoral, así como la ascendencia maya-quiché de los pueblos cañarís.

IV

Los Mayas y su paso por el Litoral

La civilización Maya tanto en México, Guatemala, etc., sedes principales, como en estas regiones, nos deja asombrados. Hay algunos que aseguran que fué en América el origen de la civilización egipcia, dada la semejanza de ambas en ciertos puntos, y con la afirmación del Dr. Heseling (la más reciente) hace pensar que si no fué la genitora, fué paralela a las egipcia y china.

Pero no vamos a pensar que ello está muy cerca de nosotros para ufanarnos de tanta proximidad. Lo más que po-

demos permitirnos es el lujo de aseverar que esa es nuestra raza, pero no era ella la de la civilización encontrada por los españoles en el Litoral, por la sencilla razón de que no existía ninguna a la llegada de Pizarro. De los vestigios del paso de los Mayas por nuestro suelo se encuentran a cada paso poderosos argumentos. La misma afirmación de Max Uhle de que tanto los habitantes de nuestras costas como los Mayas de Yucatán eran braquicéfalos, nos da un claro aproximado para hacer realidad nuestras primeras conjeturas.

Pero esa civilización había pasado siglos o milenios antes de la llegada de los ibéricos y las razas que éstos encontraron no tuvieron ni remotos recuerdos del paso de esa asombrosa civilización, que ha dejado sus vestigios en Manabí, norte del Guayas, la isla Puná, Palenque y todo el cauce del Jubones hasta Cañar, última sede, quizás, de esa misteriosa civilización.

Acaso en la isla Puná, por isla misma, la civilización maya emigrada a la América Meridional se conservó en rezagos de arte hasta la llegada de los españoles, en lo referente a los tallados y la conservación de ciertos ídolos primitivos. Las preciosas cuentas ilustradas, quizás jeroglíficas, así como la gran piedra existente en el Museo de Guayaquil y considerada altar de sacrificios, consistente en un cocodrilo y una iguana de tamaño colosal, es en muchos puntos análoga a la famosa piedra de Quiriguá (Centroamérica), que tenía, según los investigadores, igual destino, y que en vez de graficar un cocodrilo grafica una tortuga. Cabe anotar que, tanto la Iguana como el Cocodrilo, eran ofrendas rituales predilectas a los dioses entre los mayas, según podemos apreciar en los tres principales códigos existentes, y en nuestro Litoral se ven estos animales graficados con preferencia en los objetos arqueológicos.

En nuestra visita a la ciudad de Loja, sur de nuestro interande, nos invitaron para que conociéramos el pequeño Museo del docto sacerdote Fernando Lequerica y Riofrío, y con asombro advertimos que muchos de los objetos extraídos del subsuelo de esa provincia, y que algunos atribuyen a origen incaico, o cuando más Palta, eran de procedencia maya, atreviéndonos a asegurar que la invasión, al subir por el Jubones, extendió su brazo a las regiones que, siglos más tarde, ocuparon los Paltas y después los Incas.

Los descubrimientos que a diario se hacen en nuestro Litoral nos llevan de asombro en asombro. Las expresiones de los ídolos, sus enérgicos rasgos fisonómicos, sus actitudes, todo denota la estructuración mayoide. Lo más desconcertante hasta aquí son las cuentas punás, que demuestran el arte delicado de una raza zoólatra en expresiones que envidiarían hoy para sus creaciones caprichosas nuestros modernos dibujantes, y de cuyas estilizaciones el joven artista guayaquileño Cevallos Menéndez piensa crear un arte nuevo.

El sabio sacerdote Julio Matovelle expone de una manera gráfica, podemos decir, la invasión centroamericana por el Pacífico, diciendo que fué como una corriente que, al pasar, dejó lagunas ante las que hoy se asombra la arqueología. Asegura que vino por el Pacífico y subió al norte por el Atlántico, acaso por vestigios mayoide en Macas y otras regiones orientales.

Nosotros, sin pretender señalar rutas en nuestra prehistoria, nos afirmamos en lo razonable para dar una solución clara a la innegable diferencia idiosincrásica que existe en nuestras dos regiones principales: el Indio y el Montuvio, no siendo sólo el Montuvio en su psicología un producto de mestizaje, como lo probaremos adelante.

El primero es el descendiente del aborígen, y el segundo, que en parte lo es, es el criollo que no conserva nada de su pasado en cuanto a costumbres, usos y modismos se refiere, no obstante que en ese proceso de mestizaje tiene enormes raíces su pasado nómada y su psicología mayoide, similar en todas sus manifestaciones a los procesos y facetas observados en México y el resto de Centroamérica. En la Costa no hay indios actualmente, salvo los Cayapas, muy reducidos y en las faldas cordilleranas de Esmeraldas.

Sobre la invasión maya en nuestro Litoral, agregaremos una última expresión de González Suárez, al hacer un estudio filológico de los nombres de los pozos de Choconchag, Chade, Gandil: «Si nuestras interpretaciones filológicas no andan, pues, muy erradas, tenemos a los célebres Mayas de Yucatán cavando pozos artesianos en el Litoral ecuatoriano».

¿En qué época se realizó la invasión maya a nuestras costas? El comienzo de la primera ERA maya (AHAU) la fijan algunos observadores anteriores al Dr. Heseling, a 3373 años a. de J., situada, por tanto, a mayor número de años de la Era que fijó Moisés. La segunda ERA maya se fijó a 613 años

a. de C. y la tercera a 176. No faltan quienes aseguran que fué la tercera Era la iniciación de la decadencia maya y otros que el comienzo de su florecimiento. Los vestigios mayas de nuestro suelo no denotan que los mayas hayan llegado a su apogeo civilizado, como en Guatemala y México, no obstante que encontramos cosas admirables, y es de suponer que, de ser la tercera la que desarrolló el máximo de florecimiento, los que emigraron a la América del Sur vinieron en la segunda, o sea 613 años a. de C. ¿Regresaron los mayas a su sede, dejando los vestigios tan sólo? ¿Decayeron nuestras tribus al deslindarse del centro o metrópoli de la civilización? Lo que es indudable es que a la llegada de los españoles, 2148 años después de la inmigración, nuestras tribus se encontraban en un período de decadencia enorme, según asevera Arthur Ponsnansky. A pesar de que en las grabaciones punás se notán signos que pueden representar voces, estilización básica del alfabeto, seguimos creyendo que los mayas no vinieron en su época de apogeo, pues ya los de Yucatán llegaron a las combinaciones glíficas de voces de alfabeto en embrión.

Nosotros hemos advertido en muchas de las grabaciones arqueológicas del Litoral los signos astronómicos mayas, así como los de los glifos que representan los días (Kan, Chichán; Manic, Oc, Eb, etc., especialmente el signo de muerte, Cimi), tanto en las grabaciones rupestres graficadas por Wolf como en objetos de menor tamaño a la famosa piedra del Río Calaguro (Prov. de El Oro).

Sin embargo hubo una cultura en el Litoral, comprobada como mayoide, que se conservó en plenitud de arte hasta la invasión de los Incas: la Chimú, entrelazada en parte con la Chibcha por el norte. Todo lo que los Incas presentaron a los ojos de los españoles como de ellos en refinamiento de arte era en su mayor parte Chimú y lo que de incaico había, tenía la influencia inmediata de sus conquistados. Las razas Chimú y Chibcha fueron para los Incas la Grecia de estos romanos del mediodía de América.

De la raza que tenemos ya más claras noticias que poblara nuestro Litoral es de la Chimú, anterior a la incaica y superior a ella en civilización, como lo atestiguan las ruinas y la arqueología del Departamento de la Libertad (Perú), en especial su capital Trujillo, una de las sedes principales, parece, de esa progresada raza que dejó un sello indeleble para la

historia. Los Incas, que recibieron de los aymarás cierta influencia mayoide que los Nahuatlís habían dejado a las segundas, aparecieron, sin poderse fijar la época, por los altiplanos de la que es hoy Bolivia y, apoderándose del Cuzco, fueron descendiendo hacia la costa, sometiendo, tras largas y penosas luchas, que quizás duraron siglos, a los Chimús.

El magnífico y comprobado sistema de conquista de los Incas iba imponiendo su religión y sus costumbres, pero asimilando muy bien todo lo bueno que encontraban en sus conquistados. Por otro lado la civilización es incontenible y aunque tal sistema no hubieran empleado no fué posible contener la influencia Chimú en las artes, conocimientos astronómicos, etc., que bien nos muestra la arqueología poseían éstos. Los Incas preponderaron en los altiplanos de Bolivia, Perú, lo que es hoy Ecuador, limitada sí en la costa peruana, pues parece que las alturas eran su «habitat» propicio. Parece, también, que todas las obras admirables de arquitectura, escultuaria y demás artes que se atribuye a los Incas, eran Chimús, salvo, quizá, una que otra imitación con aprovechamiento de modelos y materiales anteriores. Hace dos años, nada menos, se descubrió una extensísima muralla que se estima chimú, a no ser que fuera genuinamente maya.

En el diario «El Universo» de Guayaquil, edición del 27 de febrero de este año, leemos una información cablegráfica de Boston (E.E. U.U.) diciendo que el Museo de Artes de esta ciudad exhibía una rara y hermosa colección de tejidos y bordados peruanos, que datan de hace muchos siglos, asegurando que esos bellos y coloridos anales nos dan una idea del progreso de esas razas que poblaron el vasto territorio del que habían de enseñorearse ALGUNAS CENTURIAS DESPUÉS los Incas y más tarde las huestes de Pizarro. Decía el cable: «Esas telas provienen del Litoral y fueron bordadas allá por los años 100 a 600 de la Era Cristiana», es decir de 900 a 1000 y tantos años antes de la venida de los españoles. Agrega el cable: «El arte de las regiones montañosas era menos preciso, no había alcanzado el mismo grado de desarrollo que el de la costa.» Nos describe también las bellísimas estilizaciones, llamándolas de «dibujo continuado», y que en las cuentas punás se apreciaban en forma y belleza admirables.

Hay que tomar en cuenta que los mayas conocieron el papel vegetal antes que ningún pueblo. Los Códigos existen-

tes fueron hechos de finísimas láminas de fibras de magüey, estilo «pápirus», y se conservan a través de milenios con sus graficaciones a colores.

El paso de los mayas por nuestro litoral es innegable, así como una larga estadía, ya por la comprobación de la semejanza de las piedras de sacrificio de Puná y Quiriguá, ya por los vestigios encontrados en la isla de la Plata (expediciones Dorsay y Saville), así como por las llamadas «sillas» del Cerro de Hojas, entre Montecristi y Portoviejo, encontradas formando una especie de círculo y que se ha dicho luego que son altares, pues según leemos en Max Uhle: «Las llamadas Sillas del Cerro de Hojas se parecen formalmente a altares de piedras para el culto del Dios del Fuego en la región de México y de Vera-Cruz.» Posteriormente tuvimos en suerte admirar algunos objetos de la colección del Sr. Mercado, extraída del suelo de Esmeraldas, a su paso por Guayaquil, y la influencia maya salta a primera vista con relieves inconfundibles. En la provincia del Guayas y orillas del Jubones (Provincia de El Oro) se han encontrado sillas similares a las de Manabí, aunque más pequeñas.

La forma de una columna pequeña con dibujos que arrancaban de una cabeza, hacia arriba, «que parece haber servido de ara o altar doméstico», según dice González Suárez en su Atlas y que agrega «Se asemeja a las del Códice Troano», nosotros creemos más bien adivinar la prolongación del simbólico atavío que ostentaban algunas divinidades mayas. (Códice Tro - Cortesianus, hermanos Villacorta - Guatemala).

El distintivo del dios HUN-AHPUVUCH de los mayas de Yucatán, así como las representaciones simbólicas del aire, el agua, el fuego y la tierra, que se ha creído ver en las piedras y sillas labradas del Cerro de Hojas, hemos podido comprobar que tales afirmaciones no han sido infundadas, pues al estudiar los Códices mayas, reproducidos en la obra de los hermanos Villacorta de Guatemala, nos hemos encontrado con caracteres similares y de muy posible idénticos significados. Las grabaciones de la enorme piedra encontrada en el río Calaguro por Wolf, son semejantes a las encontradas en monolitos yucatecos y hasta coincidentes con algunas hechas en piedrecillas encontradas en Esmeraldas.

Un detalle final: se asegura que los habitantes del Golfo de Guayaquil coincidían en la costumbre maya de Yucatán de poseer un adoratorio en una isla y que los de acá lo tenían

en Santa Clara y los de Yucatán en la de Cozumal. ¿No se considera también antiguo adoratorio la isla de La Plata frente a Manabí?

Por los vestigios encontrados, las civilizaciones de la Sierra y de la Costa eran diferentes, salvo coincidencias o influencias de la Costa hacia la Sierra por ciertas invasiones primitivas venidas de Centroamérica; las razas eran, pues, diferentes a primera vista, y con ello seguimos aproximándonos a nuestros días, buscando las causales de las diferentes idiosincrasias para contemplar la tan buscada realidad actual, de acuerdo con la frase transcrita de Jaramillo Alvarado y del sabio Lehmmann.

V

Los Cañaris, Maya-Quichés

Para largo va nuestra disertación, pensarán nuestros oyentes, sobre tópicos que compete a hombres de ciencia, críticos e historiadores, dilucidar; pero si queremos fundar las bases de nuestra campaña sobre más o menos sólidos argumentos para el estudio de nuestra idiosincrasia, tenemos por fuerza que contemplar todos estos aspectos que son orígenes, a no dudarlo, de nuestra psicología criolla actual.

Se podrá argumentar que los problemas sociales modernos se basan en asuntos de carácter económico, buscar soluciones a las situaciones creadas por la política capitalista, por el gamonalismo, etc.; pero si nuestra labor ha de ser completa, que lo sea, y para ello se ha de realizar un serio estudio de todo lo relacionado con nuestro pueblo, su desenvolvimiento a través de la historia. Los patrioteristas tienen la culpa de que en el Ecuador se hayan creado textos de enseñanza erróneamente fundados; han creído levantar el nivel moral de un pueblo a base de mentiras y nosotros queremos quitar la careta al patrioterismo insulso, peldaño de arribistas, para encauzar nuestras actividades al estudio de lo que fué verdad y lo que «pudo haberlo sido.»

Pocos en el Ecuador se han dedicado a estudiar la psiquis del Indio y del Montuvío, hija de la étnica, del medio

en que han vivido, atavismos de razas y de costumbres impuestas por los Incas y conquistadores españoles.

Nuestros pésimos textos de enseñanza basados en absurdas leyendas, fantaseados intencionalmente por una patriotería anti-pedagógica y verdaderamente anti-patriótica, y por otro lado el afán de nuestros gobiernos por construir una unidad nacional y destruir un supuesto amenazante regionalismo, han tratado de infundir en nuestras masas la idea errónea de que nuestro arte, tanto en la Sierra como en la Costa, es de origen incaico, de que somos incaicos, que todos nuestros pueblos han sido sometidos por los Incas, y no hay nada más mentiroso y perjudicial para la mejor comprensión de nuestros problemas que lo que hemos bautizado con el nombre de «incasicomanía», pues ni los Incas dominaron la Costa y ni en el mismo altiplano llegaron a implantar su cultura, religión, costumbres, lengua, etc., debiendo tomarse todo lo incaico como extranjero en todo lo que hoy es República de Ecuador.

Sin posiciones de eruditos, vamos a defender nuestra tesis:

En nuestro altiplano existió una raza guerrera, eterna enemiga de los Incas y que constituyó la avanzada contra el invasor peruano, la que, no obstante vencida, jamás lograron los del Incario someterla por completo, menos a sus costumbres y religión. Esa era la raza Cañarí, de cuyo origen maya-quiché hay pruebas innegables y sobre lo que todos los sabios investigadores están de acuerdo.

Los Cañarís hubieran constituido grave peligro o cuando menos gran estorbo para la conquista y reducción del reino de Atahualpa por los españoles; mas los Cañarís, por odios ancestrales a los nortños, se unieron a los ibéricos y fueron sus mejores amigos aliados para la reducción de los puruhaes, caranquis, etc. Es admisible, pues, que los Cañarís, por su trato y proximidad con la Costa, como por sus orígenes étnicos, hayan conservado ese odio que hasta hoy se traduce en desconfianza hacia los descendientes de los puruhaes y caranquis, y que en épocas pasadas se tradujo en guerras, que nuestros historiadores republicanos han dado en llamar injustamente «traiciones» hacia Atahualpa, y luego en ayuda decidida a Benalcázar para la conquista de Quito, sede de la raza inmemorialmente odiada por ellos.

Es muy posible, también, que de haber sido los Cañarís tribus mayoides del Litoral, como todo parece confirmarlo, escogieron el cálido valle de Yunguilla para edificar la capital de la provincia conocida por los españoles como Tomebamba, fonación quechua como Tumheabaha (en lengua Cañari). Wolf aceptó la existencia de Tumheabaha cerca de la actual Chahuarurco y de la destruida Cañaribamba, desdendiendo del cerro de Shyri, en la confluencia de los ríos Jubones y Minas, la misma ciudad donde hospedaron a Tupac Yupanqui, donde se dice nació Huayna-Cápac y que luego fué arrasada por Atahualpa. González Suárez, no obstante la refutación del Dr. Luis Cordero, sostiene que Tomebamba, estuvo en el valle de Yunguilla, en los lugares donde Cieza de León y Humboldt encontraron los castillos derruidos, indicios de la existencia de una importante ciudad.

Por otro lado, el argumento de Wolf acerca de que Tupac Yupanqui llegó a la ciudad Cañari y de que Huayna-Cápac nació en el valle de Yunguilla y no a las orillas del río Matadero en Cuenca, tiene un fundamento muy lógico. No podía llegar el Inca conquistador a una ciudad que aún no fundaba, sino a la que estaba fundada, y luego en tan corto tiempo no pudo fundar otra ciudad de tanta magnificencia, siendo fuerza que su hijo naciera en la ciudad conquistada, que era la capital de los Cañarís.

Pero, en fin, haya nacido Huayna-Cápac donde quiera, no nos interesa por ahora; lo esencial es aportar algo para esclarecer el origen Cañari.

En nuestras investigaciones personales en los Códices Mayas (Tro-Cortesianus, Peresianus y Dresdensis), hemos advertido similitud en muchos objetos cañarís con los mayas, en cuanto a glifos, grabaciones, estilizaciones, etc. se refiere. La leyenda Cañari atribuía el origen de su raza a las Guacamayas (Ara Macao maya) y esta ave la encontramos graficada con mucha frecuencia en los Códices citados, con el detalle de que en el Peresianus está situada la Guacamaya sobre el signo Ahau, que significa el «principio», cuyo signo posa en la diestra del dios Yzanná, considerado como el principal, el padre de la vida, señor de lo incognoscible surgido del caos, de la nada. La Guacamaya también era muy venerada por las tribus del Litoral nuestro.

González Suárez nos presenta en su Atlas Arqueológico la reproducción de una lámina de oro encontrada en Chorde-

leg (Provincia del Azuay), y que él atribuyó, no sin fundamento, a la representación cosmogónica de la Luna y sus diversos atributos del calendario maya. Nosotros hemos podido estudiar este punto y comprobar lo que pudiéramos llamar conjetura del sabio historiador quiteño.

En las ruínas de Pitaviña, cerca del río Casacy, Prov. de El Oro, se han encontrado objetos que se han podido identificar como mayas. Wolf calificó estas ruínas como vestigios de una fortaleza Cañari contra las invasiones de la Costa. Por otro lado el mismo geógrafo aclara que muchas de las ruínas del valle Jubones que se han tenido por incaicas son Cañarís.

Parece, también, que los Cañarís, descendientes de la remota invasión maya-quiché, se aislaron o cortaron toda comunicación con las costas cuando las tribus del Litoral fueron regresando lentamente a su primitivismo, a su estado nómada, pues es indudable que los cañarís conservaron mayor tiempo su cultura que las tribus costaneras, y en estado de progreso los sorprendió la invasión incaica.

La cultura cañari era una cultura definida, clara, sin contactos con otras del interande y similar con los vestigios encontrados en el Litoral.

Los Incas, a su paso por Cañar, destruyeron en parte sus monumentos, adoratorios, etc. o los convirtieron en templos para el Sol; pero Cañar prehistórico no olvidó su independencia espiritual, conservando su idioma, que fué desapareciendo sólo ante la imposición española, que fué, en verdad, la que impuso el idioma quechua.

He allí otra fase para el estudio del desenvolvimiento histórico de una sección de los Andes, que tiene enorme fuerza generatriz en la psicología actual de la morlaquía.

VI

Los Incas y Pueblos del Litoral

Definida ya, a nuestro juicio y serena observación, la ninguna influencia Cara o interandina en general sobre nuestros pueblos del Litoral, y la comprobación del paso de los

Mayas por nuestro territorio regional, vamos a seguir imparcialmente a los Incas en sus conquistas hacia el norte, o sea lo que hoy es la Sierra de la República del Ecuador.

Los Incas, vencidos tras gran esfuerzo los Chimús, siguieron extendiendo sus conquistas al norte, y, ya sabemos, entre historia y leyenda, cómo conquistaron la altiplanicie, callejón interandino y faldas occidentales del interior de lo que hoy es nuestra República, pues al Oriente no avanzaron o avanzaron muy poco, pues la civilización Maca y rezagos culturales de oriente, eran anteriores, paralelos a la invasión Maya. En cuanto a la Costa ecuatoriana fracasaron por completo en todos sus intentos de conquista, porque se encontraron con la invencible resistencia de la gran confederación Huancavilca, que abarcaba desde Esmeraldas hasta Tumbes y algo más, no obstante que estos últimos estuvieron aliados a los Incas contra los Punás.

Se asegura sin fundamento positivo de los historiadores de primera hora, que los Punás estaban bajo el imperio de los Incas del Perú, pero más parece que se trataba de alianzas pacíficas para el comercio en épocas anteriores a la venida de los españoles, pues no se explica de otro modo la rivalidad y el odio de los isleños hacia los Tumbesinos y el Incario en general, sus constantes guerras y más detalles que en un gobierno comunal-teocrático, como era del Inca, no se admitían. Los Punás trataron de lanzar a Pizarro contra los Tumbesinos y contra el Incario, y fueron los que hirieron al Inca en el muslo cuando éste bajó a reducirlos, rompiendo las amarras de las balsas, y ahogando a lo más granado de los «orejones», nobleza y guardia imperial del señor del Cuzco. En cuanto a la calzada frente a Guayaquil llamada «El Camino del Inca», ya los arqueólogos se han encargado de desvirtuar que esa calzada fuera hecha por los Incas. Muchas cosas de nuestro Litoral se han atribuido a los Incas, por la sencilla razón de que no se tuvo en los primeros tiempos noticias de las invasiones mayas y la única cultura encontrada por los ibéricos fué la incásica.

Salvando los levantamientos de Túpac Amaru y otros de la Colonia en el Perú, las únicas demostraciones de rebelión durante la conquista las dieron los célebres Punás, haciendo imposible la vida en la isla a Pizarro, y los huancavilcas quemando por dos ocasiones la ciudad de Santiago de Gua-

yaquil, amén de las rebeliones armadas de los Chonos, Gualles, Chongones, etc.

Para basarnos en que los Incas no llegaron a dominar completamente a nuestra Sierra ni a imponer sus costumbres en forma definitiva, tomamos, a más de las pruebas concluyentes de la Arqueología, las mismas afirmaciones del historiador quiteño González Suárez, quien en la introducción de su Historia declara: «El dominio de los Incas fué relativamente de corta duración en las provincias ecuatorianas; y las naciones antiguas no llegaron a perder ni su carácter original ni su fisonomía propia». Por otra parte agrega: «A pesar de la firmeza con que solían los Incas imponer la enseñanza de sus leyes, de su religión, de sus costumbres y hasta de su misma lengua en las naciones que ellos conquistaban, es imposible que hayan conseguido abolir completamente en el Ecuador la antigua civilización indígena, la primitiva civilización de los aborígenes. Esto es tanto más digno de consideración cuanto que nunca lograron los Incas establecer definitiva y absolutamente su dominación sobre todas las naciones del Ecuador —continúa González Suárez. En las tribus de Cayambi y Caranqui no lo establecieron completamente, a pesar de los castigos sangrientos que hicieron en ellas; en las tribus de los Chonos no echó raíces duraderas; entre los de la Puná, INDUDABLEMENTE NO LLEGÓ A ESTABLECERSE NUNCA, y los Cañaris conservaron, a lo que parece, su original y variada civilización.

Por haber estado ligada nuestra historia a la del Perú en los primeros años de la Conquista y aún en el coloniaje, donde pertenecemos la mayoría del tiempo al Virreinato de Lima; cada vez que se ha tratado de nuestras provincias se ha dicho «Perú», y de ahí a no dudarlo, la confusión de muchos investigadores. Además, siendo la historia del Perú la más contradictoria, especialmente en la pre-conquista, muchos de sus errores nos han caído de regalo. González Suárez, que en los archivos de España y en la crítica minuciosa de los historiadores peruanos y españoles que escribieron sobre el Perú levantó su monumento histórico, declaró en su Capítulo II: «La historia de lo Incas del Perú ha sido escrita por muchos autores, pero apenas habrá historia más incierta ni más discordante que la de los antiguos soberanos del Cuzco; cada historiador la refiere a su modo y no hay perfecta conformidad entre ninguno de ellos».

A lo más setenta años medraba la incaica en nuestro territorio cuando acaeció la llegada de los españoles, y no es posible imaginarse que en tan corto tiempo hayan logrado convertir en incaicas a nuestras tribus y naciones de la Sierra, ni aún con su ingenioso sistema de los *mítímaes*, máxime siendo tan diversificadas etnológicamente entre ellas. Es falsa, pues, la afirmación de que el QUECHUA o idioma del Incario era la lengua única del interande a la llegada de los españoles. Aquello no es cierto: cada «ayllú» o pequeña nación tenía su idioma o dialecto autóctono y sólo la imposición oficial y forzosa del Inca hacía formar una amalgama en cada región con las diversas lenguas del conocido hoy con el nombre de Reino de Quito, algo semejante con lo que pasó en España al imponerse el castellano con las diferentes lenguas y romances regionales.

En 1583 ordenaba el obispo de Quito, Fray Luis López de Solís, «que se hagan catecismos de las lenguas donde NO SE HABLA la del Inga», designándose a varios religiosos para que hicieran la traducción en las lenguas y dialectos del Interior de nuestra patria, no constando que se haya dispuesto tal medida para las de la Costa, provincias semi-salvajes y poco importantes entonces. Es muy posible que los designados para hacer esas traducciones no hayan cumplido con la orden episcopal, ya por el número de dialectos en la región interandina o por la dificultad de adaptarlas a la gramática castellana y hayan continuado enseñando el Catecismo en «quicha», pues, salvo la disposición anotada, no sabemos que la enseñanza religiosa se haya hecho en otro idioma a nuestros indígenas de la Sierra.

Con toda seguridad podemos afirmar, pues, que quienes implantaron definitivamente el «quichua» en la Sierra fueron los religiosos españoles, consiguiendo su objetivo en parte, pues aún existen variantes. Por lo que respecta a la Costa se puede decir que nuestros dialectos se perdieron fácilmente al contacto de la lengua europea. «Hay documentos históricos —dice González Suárez— dignos de todo crédito, por los cuales consta que, en el territorio de lo que ahora es República del Ecuador se hablaban varios idiomas y que la lengua «quichua», llamada del Inca, no era generalmente entendida de los aborígenes ecuatorianos».

La dificultad que tuvieron los españoles para entenderse con los Incas por intermedio de los intérpretes llevados de la

Costa nos da una nueva razón. Según Jerez: «no comprendían convenientemente el idioma destos del Cuzco», y Prescott declara que los Tumbesinos «para hacerse simpáticos a los de Pizarro trataban de convencerlos que sí hablaban el Inca», no obstante ser los Tumbesinos, como ya se ha dicho, fieles aliados a los cuzqueños.

Pudo influir, también, a más de la enseñanza del quichua por los religiosos españoles, el traslado de tribus peruanas, que se denominaban «mitímaes», a nuestro territorio de la Sierra, según sistema de pacificación incaica, aún cuando más fácil es suponer que las tribus traídas aprendieron el dialecto nativo para procurarse los medios de vida en tierras extrañas, que, por muy sujetas que estuvieran al Inca siempre serían hostiles,

La conquista de los Incas, como se ve, no logró hacer una UNIDAD NACIONAL en lo político y mucho menos en lo racial, y aquí nos encontramos con varias razas en el altiplano y una en el Litoral, como lo probaremos más adelante.

Muchos serán los que, en el curso de esta disertación, se encrespen henchidos de patriotismo ante tanta blasfemia. Sin embargo nada hará variar nuestro criterio. Ya ha dicho un destacado crítico histórico que los enemigos de la VERDAD son tres: El Gobierno, el orgullo de la tradición y el patriotismo del pueblo ignorante.

Son estos tres los enemigos de los estudios de Sociología Histórica.

Me olvidaba de uno: el patriótero, tipo maestro de escuela rentado o demagogo aspirante a mandatario.

VII

Tribus del Litoral y estado de las razas de Ecuador a la llegada de los Españoles

—«Las tribus de la Costa del Pacífico —afirma González Suárez— podemos decir, pues, con *toda exactitud*, que no pertenecieron, por su civilización, al Imperio del Cuzco: lengua, tradiciones, costumbres, prácticas religiosas, todo en ellas

era diferente; y *se equivocaría gravemente* el que no distinguiera la una civilización de la otra».

Y a esta afirmación podemos repetir lo ya dicho anteriormente: que ni políticamente estuvieron unidas, ni con los del Cuzco ni con las pequeñas naciones del interior. Las razas de la Costa quedaron intocadas por la conquista incaica y su clara etnología es: de sur a norte Chimú y de norte a sur Chibcha, notándose algo de Caribe por Santo Domingo de los Colorados, faldas cordilleranas de la Provincia de Esmeraldas.

González Suárez agrega: «Habla-remos más detenidamente de las tribus que poblaban el Litoral marítimo de la de Guayaquil hasta el Canal de Jambelí; porque, según nuestro juicio, todas ellas pertenecían a un mismo grupo etnográfico, diferenciándose únicamente en ciertas variantes locales más bien que por características esenciales de origen y de raza».

De aquí tenemos que partir, como base más segura, para el estudio de los orígenes de nuestras tribus costeñas. ¿Su civilización? ¿Sus costumbres? Pediremos cooperación a la historia y sus auxiliares científicos para saber el estado de las razas nuestras a la llegada de los españoles, punto inicial de nuestro estudio sociológico.

Podemos hacer un resumen para entrar en materia:

Nuestras costas fueron pobladas, a no dudarlo, por los Mayas de Yucatán y Guatemala en un período imposible de precisar; luego hubieron mezclas con tribus que aquí existían; guerras intestinas, pestes o fenómenos geológicos provocaron la emigración de la civilización Maya hacia el sur, o sea el norte del Perú, igual que hacia el valle del Jubones en la provincia actual del Azuay, asegurando algunos que avanzó hasta Macas (Oriente); los que quedaron, de raza Maya, como se puede apreciar actualmente, no conservaron otra cosa que el valor casi salvaje, propio de los climas tropicales, luchando contra la naturaleza, en climas insalubres y practicando recuerdos de enseñanzas de ciertas artes y habilidades de sus antecesores.

Los españoles a su llegada se encontraron, pues, en nuestro Litoral con tribus que ya no poseían cultura propiamente dicha, salvo el valor ya anotado y un asombroso espíritu de adaptación e imitación propia de las razas en período embrionario. Los españoles debieron haber visto a nuestros aborígenes como nosotros vemos a ciertos ejemplares de razas

amazónicas: ágiles, valientes, indomables, sólo accesibles por el buen trato, de mirada inteligente, cuerpos delgados y desnudos.

Las tribus de la Sierra, a la llegada de los ibéricos presentaban distinto aspecto: de mayor progreso y cultura, pero de menor valor moral cien veces.

Se puede decir, pues, que nuestras culturas estaban en decadencia a la llegada de los conquistadores. Arthur Ponsnansky, uno de los menos apasionados críticos de la historia americana, nos dice lo siguiente: «Por los estudios en la época moderna, se infiere que ya el Incario había perdido mucho de su auge y poderío a la llegada de los españoles, resultando luego exagerados los relatos de los historiadores de la época, que pretendieron realzar el mérito de haber sometido un gran imperio. Es necesario tener en cuenta —continúa Ponsnansky— que las grandes civilizaciones y culturas de la Costa y de la Sierra se encontraban ya en *total ruína* desde muchos milenios antes de la conquista».

Esta crítica de un autor contemporáneo confirma la aseveración hecha por muchos de que los Incas eran razas «degeneradas» de primeras civilizaciones de nuestro Continente (uno de cuyos rezagos eran los aymarás), que bajando del Tiahuanaco (alturas de Bolivia), conquistaron, tras muchas décadas y tal vez siglos, a los Chimús. Se ha aseverado que los Incas fueron un producto de la fusión proveniente del Segundo Tiahuanaco, paralelo al Segundo Chimú; pero el verdadero origen de estos HUNOS del mediodía de América no se conoce aún. Es innegable, por otro lado, que las conquistas incaicas sobre las tribus chimús se verificaron cuando las últimas estaban en decadencia.

Una prueba del decaimiento y ruina de la raza incaica y dominada por ella en el altiplano es la rápida sumisión a los españoles, la ninguna oposición efectiva a sus conquistas y el cambio resignado de amos; no así las tribus costaneras, que, no obstante de poseer medios inferiores de combate que los serranos y no tan numerosos ejércitos, semi-desnudos, palúdicos y sin organización alguna, fueron enemigos encarnizados de los españoles y de los mismos andinos.

Cieza de León, que fué de los que podemos llamar «historiadores de primera hora», nos dijo mucho de la palpable decadencia indígena, y, ante ello podemos preguntar: ¿es posible que de 1535 a 1547, o sea de la conquista española en

Quíto al paso de Cieza de León por nuestro territorio, haya causado dicha conquista tal estrago que determinó por completo la decadencia cultural de un pueblo? ¿Es posible que en el corto lapso de 12 años una cultura tan inmensa y ponderada por los patrioterros haya decaído tanto? Cieza de León en su «Crónica del Perú» nos inspira lástima de la ruina moral y decadencia absoluta de las razas de nuestro altiplano, y si tanto se han ponderado las grandezas Incaica y Shyri en nuestro suelo, no era posible, de ser ciertas, el decaimiento tan rápido y exabrupto de toda una civilización, necesitando para ello, a más de muchas guerras de exterminio, muchos siglos....

Contemplando una realidad estadística podemos ver la fácil conquista de los europeos sobre nuestros aborígenes, más fácil aún que la reducción de los países del norte de la América y que las pacificaciones modernas en el África, donde los pacificadores han luchado en mejores condiciones que el puñado de valientes castellanos que redujo a la esclavitud el Imperio del Tahuantinsuyo.

En la famosa batalla de Tiocajas, tan abultada y patrióticamente descrita por nuestros historiadores y cronistas españoles que pretendieron realzar méritos de la lucha a ambos lados, no murió ni un sólo español y sólo cayeron tres caballos del escaso ejército conquistador. De esta batalla asegura González Suárez que al día siguiente murieron cinco castellanos..... a consecuencia de las pedradas que, tal vez por instinto de conservación, lanzaron a los conquistadores las famosas huestes de Rumiñahuí.....

En el avance de Almagro a Pachacamac tuvieron sucesivos encuentros con las fuerzas del general indígena Quisquis y el mayor número de muertos fué 14 españoles de una avanzada que sorprendieron y rodearon millares de indios. En ese caso no existió batalla alguna, pues los 14 españoles fueron presa insignificante de la horda indígena, que acabó con ellos a pedradas y los decapitó luego de muertos, como era ritual hacerlo con los humanos o animales que poseían «el demonio de sus creencias» en el cuerpo. Bien pudo ser este asalto un ímpetu supersticioso hacía los seres barbudos que cabalgaban sobre monstruos endiablados, según pensaban de los caballos que jamás habían visto.

Más daño hizo la naturaleza a los conquistadores que todos sus combates con las naciones indígenas en nuestro

territorio, pues el paso de Alvarado de la Costa a Quito costó a sus huestes más de 80 europeos, número de muertos que no hizo ni la más célebre batalla sostenida contra los autóctonos. Igual pérdida costó a Pizarro su expedición hacia el país de la Canela (Región Oriental) en su afán de descubrir nuevos y ricos imperios de su fantástica ambición.

Los indios fueron fácil presa del conquistador ibérico, y, de no haber sido la conquista hecha por un puñado de aventureros, iletrados y ambiciosos, tal vez hoy tuviéramos preciosos documentos artísticos de inapreciable valor arqueológico, en oro y plata, que nos digan algo más claro que los barro fragmentados de la alfarería o los muros y ruínas de pequeñas fortalezas, en piedras toscamente cinceladas.

La raza incaica y las conquistadas por los Incas fueron sometidas, según la mayoría de opiniones, a duras pruebas de esclavitud. ¿Fueron los españoles los prometedores de esa esclavitud? Es muy posible que no, y es casi seguro que la rápida sumisión de los conquistados a una esclavitud casi voluntaria se debió, no sólo a la natural decadencia de sus civilizaciones, sino a la indole misma de ellos, esperando la hora, pacientemente, de la redención que sólo una mejor organización social podría restituirles después de siglos de haber caído en un marasmo y esclavitud voluntaria, que comenzó antes que vinieran los peninsulares. González Suárez nos dice en un valioso comentario de su Historia del Ecuador: «La raza indígena fué tan menguada que se abatió ante la raza negra, considerándose inferior a ella», al tratar acerca de la preponderancia de los esclavos importados del África.

Efectivamente, los negros, con ser esclavos, rápidamente se colocaron en un nivel superior al indio que, según Felipe II, era tan vasallo suyo como el español.

Otto von Buchwald escribía en el Boletín de la Academia de Historia Nacional, Quito edición 1924, al referirse a los habitantes indígenas de nuestra Sierra: «Que una población como los andinos sea una rémora para el progreso, no se puede negar, y se comprende que los pecados de siglos pasados no se pueden remediar. El mundo moderno no puede hacer más que mejorar la situación hasta donde sea posible», y agrega en otro párrafo: «Mucha dificultad tienen los hijos de los conquistadores para el estudio de la psiquis del indio, quien cubre su faz con una máscara densa; pero observándole cerca se comprende que el cristianismo no es más

que un barniz que cubre sus antiguas creencias y que las hazañas de sus brujos y sus omenés llenan su alma».

No obstante los esfuerzos que la Corona de España hizo para liberar a los indios, de la esclavitud española, disculpada en mucho por la época en que se desarrolló, no fué posible obtener el nivel de cultura anhelado para nuestros indígenas de la cordillera de Ecuador, Perú, Bolivia y Colombia. «Los pecados de siglos pasados» —como dice von Buchwald— no fueron posible desraizarlos con cuatro ordenanzas reales y el envío de religiosos que acabaron de esclavizarlos. Los indígenas estaban acostumbrados a la esclavitud desde mucho antes de la llegada de los conquistadores, como se ha dicho. La comunidad sin principio económico-social liberalizante, primero, y luego el sistema autocrático, absolutista, de un comunismo envilecedor del Incario, acabó de hundir la moral y altivez de esas razas.

Carlos V dictó leyes protectoras para los nativos, y entre las ordenanzas que exigía cumplir a los conquistadores, habían tales como las de que ningún indio podía ser exigido a hacer trabajos forzados, ni ir a las minas, ni obligarlo a transportar cargas pesadas, ni mayores obligaciones sin retribución económica a sus servicios. Estas ordenanzas, a más de provocar sangrientas revoluciones contra la misma corona española, se cumplieron solamente en parte y ni los mismos Virreyes y sus Gobernadores se empeñaron en hacerlas respetar. Las «mitas», «obrajes», «priostazgos», y mil medios esclavizantes que todavía se usan, como las «mingas» forzadas, no fueron obras de la Corona sino de los conquistadores que encontraron gente dispuesta a todo. La esclavitud solapada se enseñoreó especialmente en la región andina de Ecuador y Perú, y hasta la actualidad republicana subsiste el gamonalismo envilecedor, que de buen grado aceptan los indígenas. Debemos convenir en que la decadencia fué un fenómeno biológico y la esclavitud su consecuencia.

Felipe Segundo, Felipe Tercero y sus sucesores hicieron relativos esfuerzos por salvar a los indígenas. Los criollos de América y los españoles radicados aquí fueron los verdugos del pobre indio, que llegó a considerarse inferior al negro. Felipe Segundo fué quien escribió estas frases a un Virrey del Perú: «Sabed que los indios no son ni pueden ser esclavos de nadie: son tan vasallos míos como lo sois vosotros los

españoles». Pero ni eso valió: la raza estaba, definitivamente, vencida.....

En el comentado libro EL INDIO ECUATORIANO de Jaramillo Alvarado, encontramos: «Los Incas hicieron de sus súbditos un rebaño. Los españoles no dominaron hombres sino siervos, en una gran agrupación gregaria. Y en la propia cultura incaica encontraron los conquistadores los puntos de apoyo para sus despotismos».

He allí el cuadro definitivo de la llamada «Raza Vencida».

La conquista española pudo estar plagada de errores propios de la época y los hombres que vinieron; pero ante las afirmaciones infantiles de aquellos que tiran lodo al solar español argumentando que se destruyó una gran cultura y se arruinó una maravillosa civilización, nosotros diremos: España llegó a tiempo que nuestras razas americanas se destruían en la América meridional, al borde mismo de la sepultura de sus propias ruinas y decadencia. El mayor acierto de la civilización fué la conquista y reducción del Incario; pero el más grande error de esa misma civilización fué la emancipación del dominio español sin un programa de construcción social, de reivindicación popular, de Justicia, de humanidad...

Nuestra ruina moral en las clases populares no la debemos a España, sino al feudalismo criollo de la República, como lo probaremos en la próxima conferencia.

SEGUNDA CONFERENCIA

VIII

Proceso de Mestización en la Costa.—Origen del Montuvio

En nuestra primera conferencia nos dedicamos a estudiar los orígenes de nuestra civilización pre-histórica de ambas regiones, basados en argumentos que hemos considerado dignos de fe. Si contemplamos la realidad actual no cabe duda de que el desenvolvimiento histórico de esas razas del altiplano y de la costa fué en la forma racional estudiada por nosotros. La decadencia de nuestras razas de la Sierra y de la Costa es palpable a la venida de los españoles, especialmente en la Sierra, pues en la Costa no había decadencia alguna, sino un estado de salvajismo absoluto. La reconquista que hizo la Naturaleza de sus antiguos dominios, una vez desaparecidas las inmigraciones centroamericanas. Las tribus de la costa retornaron a su vida nómada, a su estado fetal, embrionario, salvaje, juvenil, naciente y, por lo tanto, capaces de captar cualquier nueva cultura puesto que había desaparecido en ellos toda tradición, todo contacto con el pasado. Eran tribus sin historia... porque la habían olvidado.

En la Sierra el conquistador encontró el barro amasado ya en una raza decadente, para la esclavitud. Uno de los medios de aprovechamiento fué la «comunidad» en estado antisocialitario, y empleando la fuerza y el fustazo, el gregarismo indígena fué un rebaño esclavizado aún más por un ancestral espíritu colectivista que anuló la personalidad individual del indio. En la República se ha utilizado el colectivismo primitivo indígena para enriquecimiento del gamonal y para poderío del fraile.

El proceso de mestización de la Costa fué rápido y benigno.

Llegaron los primeros conquistadores españoles; encontráronse con tribus rebeldes en nuestro Litoral, en un terreno de trópico agresivo, y el medio y los habitantes hicieron que

fueran menos duros en la conquista, salvo uno que otro caso como el de Pizarro en Puná. La mayoría de las veces entraban, después de cada combate donde no llevaban la mejor parte los ibéricos, en arreglos pacíficos, de los cuales los aborígenes sacaban siempre ventajas para que sus derechos fueran respetados. El Capitán Zaera celebró contrato con los «huancavílcas» para que los españoles no tomaran sus mujeres indias sino que las «trujeran de otras partes». Más tarde en la costa de Manabí se celebraron con los «mantas» tratados similares y cuando la reducción de Esmeraldas, que tantos esfuerzos costó a los colonos, no pudo Cabello Balboa estar más mesurado con los aborígenes capitaneados por Illescas, el ya famoso negro jefe de indios. Las pacificaciones posteriores en el mismo Esmeraldas fueron todas obtenidas por medio de tratados ventajosos para los nativos.

De los dialectos o idiomas que hablaba la confederación «huancavílca» se ha perdido todo y la toponimia no nos dice nada concreto. Y se perdió porque aquí realmente no hubo conquista nunca, ni con los españoles ni con los anteriores. Refiriéndose a la época española, Chávez Franco dice en su libro «Crónicas del Guayaquil Antiguo». «Los indios eran tratados como menores de edad y por tanto no tenían acceso en la administración de la vida pública y los amparaba una legislación especial, paternal, humana, todo lo compatible con sus condiciones de conquistados». A esto se podría agregar que para la Sierra existieron las mismas leyes, pero existió también la diferencia de que aquí se cumplieron porque la quisquillosidad de los indígenas litoralenses no permitía la tiranía del conquistador.

Los españoles emanciparon al indio rápidamente, aprovechando su oficio nato de naviero, fluvial y marítimo; perfeccionándolo en la construcción de pequeñas embarcaciones fluviales y enseñándole a construir barcos de mar, adiestrándolo en el manejo de las armas, aprovechando así su natural y salvaje espíritu bélico y valeroso, haciendo de él un aliado resuelto y útil para la pacificación del altiplano; y así tenían quien los guiara y ayudara en el descuajo del bosque, en el surcamiento de los ríos, en la lucha contra los animales de la selva, viniendo a ser un aliado y no un esclavo del invasor blanco, pues consta que fué el mejor defensor de los puertos contra los asaltos de los piratas.

Pronto asimiló la equitación, convirtiéndose en hábil jinete y aguerrido soldado, y los muchos tratados de paz, donde se llegó a respetar hasta el matrimonio entre los españoles y las mujeres aborígenes como legítimos, nos dicen claramente que eran los nativos los que imponían condiciones. No se explica de otro modo esa rápida fusión de razas, ese desaparecimiento casi total del aborígen en nuestro Litoral, donde no cuenta la historia que hubieron matanzas que pudieran hacer desaparecer una raza.

La fusión rápida de conquistados y conquistadores hizo que pronto las tribus costeñas fueran perdiendo sus costumbres, tradiciones, lenguas, religión, y las nuevas tendencias traídas por los europeos fueron captándolas, acaso por la novedad misma, y de ellos no nos queda más que lo que la Arqueología nos presenta como un bazar de sorpresas.

¿Montubio o Montuvio?

Con B o con V el hombre campesino del Litoral es nuestro criollo, el mestizo prototipo del proceso de evolución colonial.

Hace poco más de dos años en «El Telégrafo» de Guayaquil se enredaron los lingüistas y literatos en polémicas llenas de argumentos, por cierto muy simpáticos, acerca de que si Montuvio debería escribirse con B o con V, consiguiendo atraer la atención del público y cuyas discusiones sería largo citar aquí; pero, no obstante ser algunas de mucha razón, no consiguieron abolir lo que la fuerza de la tradición ha establecido.

La tradición y la costumbre, hija la última de la primera, ha escrito siempre con V. ¿Antí-gramatical? No nos importa. La palabra montuvio es un americanismo, como quiera que se escriba, y nuestro personaje se ha caracterizado por ello. *Montubios* hay en Colombia y Perú; *montuvíos* sólo hay en el Ecuador.

Wolf escribió «montuvio» con V, y entre comillas, como para indicar que era un modismo. González Suárez lo hizo igual y el Dr. Francisco Campos (padre) dijo en uno de sus artículos: «*Montuvios*», como les dicen a los del monte en mi tierra etc».

Nosotros seguiremos escribiendo «Montuvio» con V labidental, pese a las observaciones de lingüistas, pues de otro modo dejaríamos de ser montuvios.....
¿No os parece?

IX

Vida del Montuvio en el coloniaje

La vida del Montuvio en el coloniaje se deslizó tranquila y pacífica. Los españoles con sus sabias leyes de Indias y el cariño que a esta región profesaron los que se radicaron en ella, buen cuidado tuvieron en difundir la instrucción, y fué orgullo de nuestros antepasados en el Litoral dar lecciones de idioma y gramática, de catecismo e historia sagrada, haciendo leer castellano a sus peones o mujeres e hijos en las sabrosas veladas antañonas, sentada la matrona esposa, o distinguida conviviente del gamonal, en una fresca hamaca, fumando el tradicional cigarro «envuelto en pierna», rastreando sus chancletas venerables sobre el entarimado del piso al compás del vaivén amodorante de la hamaca en las amplias galerías de las casonas señoriales de nuestras haciendas.

No tenemos noticias de levantamientos y revoluciones durante el transcurso de la conquista a la independencia, salvo uno que otro reclamo armado a raíz de la reducción de los «chonos», «chongones» y «chanduyes», que fueron apaciguados rápidamente por las concesiones de los Corregidores de Guayaquil. La revolución de las Alcabalas en Quito no llegó a perturbar el orden en la Costa. Ese primer impulso anti-español provocado por la ambición de los incipientes gamonales interioranos, que luego se hizo efectivo en la Independencia, no tuvo en el Litoral motivo para alterar la paz de los criollos e indígenas. Las Alcabalas no afectaban a los indios, pues según la Ordenanza estaban exentos de esa contribución y como el comercio de cacao con los puertos de Acapulco y Veracruz ayudaba a los criollos y españoles en su expansión económica, éstos aceptaron las alcabalas y el orden no se alteró en la región.

Se hizo el repartimiento de tierras en extensas comunidades y los aborígenes y criollos se dedicaron tranquilamente al cultivo de sus tierras, y hasta hoy vemos en nuestras escribanías y juzgados alegatos contra gamonales por tal o cual terreno «comunero», donde los que no quisieron habitar las ciudades se dedicaron a la práctica de la agricultura española de ese entonces. Por otro lado, siguiendo el sistema general de repartimientos, se trató de imponer al indígena costeño, nómada y libre, un sistema comunal incapaz de aceptarlo, y, poco a poco fué perdiendo fuerza la comunidad en la Costa.

Cuando un Cacique no estaba contento, presentaba sus razones a los Ayuntamientos o Cabildos, instituciones que en la Costa prestaron valiosos servicios, quienes intervenían ante los Virreyes y Audiencias, y cuando no prestaban oídos, hacían valer sus derechos ante la Corona de España. El célebre Cacique Guale, cuyo nombre ostenta hoy un pueblo, viajó a España costeado por el Ayuntamiento, hizo ante el Rey sus reclamos, fué atendido, y recibió honores y títulos de nobleza y obtuvo para sus comuneros ventajas, garantías y respeto, debiendo consignarse el nombre de este célebre Cacique (hijo de cruce español) con todo respeto y veneración en nuestra historia.

Hemos pronunciado varias veces la palabra «criollos» con que hoy designamos por igual en la Costa a los descendientes de aborígenes españolizados como a los del cruce e hijos de extranjeros sin mezcla. En los primeros años del coloniaje se decía «criollos» sólo a los hijos de españoles; y a los hijos de éstos en indígenas se les llamaba «mestizos». Sin embargo en la Sierra se comenzó a llamar «criollos» antes de la independencia, a los nacidos en el Litoral, igual que a los productos de la tierra. Todo lo costeño fué «criollo», y eso nos ratifica que nuestra región fué españolizada rápidamente; se perdió todo lo indígena y los hijos de aborígenes se clasificaron a sí mismos, criollos. Hasta hoy subsiste en la Sierra la costumbre de llamar a los productos de la tierra litoral de «criollos».

Así llegamos a los albores de nuestra emancipación, después de cuyas justas libertarias se desataron todas las ambiciones políticas contenidas durante el coloniaje. Se enseñó al montuvío a guerrear y fué un guerrero valeroso y audaz. El Estado de Guayaquil supo de su arrojo en los dos combates de Huachí, y en Pichíncha, en las huestes de Yaguachí cu-

yos colores azul y blanco tremoló Calderón en su sacrificio; los montuvíos pelearon hasta la heroicidad y, pletóricos de un contagioso patriotismo, entonaron el himno de la Libertad... comienzo de su cautiverio.

Como podrán apreciar Uds., para el estudio de nuestra idiosincrasia popular actual, hemos venido recorriendo un camino largo en la historia. No es nuestro objeto dar clases del pasado, sino llegar, por los mismos medios utilizados por los patrioterros para levantar un falso monumento de patriotismo barato, en busca de la verdad. Las bases de nuestra campaña criolla se enraizan en la verdad, en la realidad de nuestro medio, en un justo y sacrosanto anhelo de reivindicación popular científico, razonado y justo.

Mientras el Ecuador viva del engaño y fuera de la realidad, todas las proclamas de Justicia Social y de libertades nominales, no pasarán de ser una farsa, una mentira y una estafa a las necesidades y anhelos de nuestro medio.

Conscientes de que nuestra economía se desenvuelve por el factor agrario, a nosotros nos cupo, en 1926, lanzar el primer grito de «REDENCIÓN DEL CAMPESINO», antes que cayera en nuestras manos el libro de Lenin y su frase: «Primero salvar al campesino», que luego sirvió al gran sociólogo de América (Haya de la Torre) como bandera de su formidable programa aprista, en 1930.

X

La emancipación y sus reflejos en la vida montuvia

Prendida la chispa de la rebelión contra España, aprovechándose de que estaba distraída en guerras contra Napoleón, el gamonalismo americano vió una forma favorable de asaltar el poder. Orestes Ferrara, en el comentario sobre el libro de Jaramillo Alvarado, declaró: «La revolución la hicieron los criollos que aspiraban a gobernar ellos solos sin la

incómoda intervención de la Corte de España, e importa pensar que la revolución absorbió la actividad de los mejores espíritus de América, no dándoles espacio para pensar formalmente en la organización social».

Efectivamente: absorbió la actividad de los mejores hombres de América, pero esos hombres no pensaron en la organización social, porque eran hijos de esa clase que aspiraba a ser privilegiada, y el procerismo, aliado del latifundismo criollo, se enseñoreó del poder, sin pensar ni preocuparle mayormente la situación de las clases populares.

Sí Olmedo merece nuestro respeto como prócer de una emancipación que nos libró tan sólo de la tutela española, merece nuestro cariño y gratitud por la defensa que hizo en las Cortes de Cádiz en favor de criollos, indios y mestizos. Olmedo en la emancipación y en la República, al lado de Rocafuerte, será el más venerado de nuestros proceres. En la República, entre él y Rocafuerte trataron de liberar al Indio de la esclavitud, pero sus esfuerzos se estrellaron contra el gamonalismo interandino que reclamaba su parte en el botín..... de la libertad, nada menos!

Haya de la Torre publicó en la Revista de Filosofía de Buenos Aires: «La emancipación americana fué la emancipación de la clase dominante criolla formada en trescientos años de colonia. El latifundista criollo, fuerte ya como clase, se emancipa». Y agrega: «La revolución francesa invade entonces el mundo con su ideología liberal y democrática burguesa y anti-monárquica. Políticamente, el movimiento emancipador americano carece de una ideología propia. No se siente capaz de crearla y ni es necesario que la cree. Toda la literatura política de la Revolución francesa sirve a América, pero el usar de ella nos impone una paradoja. La Revolución francesa es anti-latifundista, marca el advenimiento de la burguesía, abre el camino al capitalismo industrial que en su primera etapa necesita democracia y libertad. La Revolución francesa acaba con el feudalismo y sacrifica el latifundio en aras de la burguesía victoriosa. Opuestamente, la revolución americana significa la afirmación del feudalismo, la independencia de la clase latifundista que captura el Estado».

Y los héroes surgidos de la anonimía y puestos al servicio de una causa feudalista-gamonal, pasaron a ser figuretas de acomodo en esta América mal llamada de Bolívar. La democracia copiada de la Revolución francesa se amalgamó

con el Código Napoleónico, imitándose al Gran Corso en sus conquistas a nombre de la Libertad: tierra para los tenientes! Y, aunque Bolívar no se las dió, ellos se las tomaron

Jaramillo Alvarado ha escrito: «La revolución americana, denominada de la Independencia, modificó, indudablemente, la situación política y social del Continente; pero la modificación sólo afectó a la forma: el fondo se mantiene intacto; ese fondo político y social, saturado de feudalismo colonial, con un enorme acervo de bandidaje personalista, de misticismo hipócrita, irrespetuoso de la dignidad humana».—A lo que nosotros agregaremos: de héroes salidos de la ignorancia, militares encumbrados con el valor instintivo de las fieras en lucha, a los más destacados puestos de la administración republicana, que entonces, más que nunca, necesitó de hombres bien equilibrados, instruidos en economía y sociología para equilibrar la cultura y el bienestar social de los pueblos.

Se hizo pelear al Montuvío por la Independencia y no ha terminado aún de pelear. ¿Supo, acaso, por qué peleó? ¿Sabe por qué pelea actualmente?

Terminada la matanza de la libertad, se retiró a sus campos, que empezaron a ser codiciados por los milagrosamente encumbrados en los parapetos de nuestras pseudo-democracias republicanas. Las ambiciones se desataron: ya no eran ambiciones de gloria en gestas de premiaciones medallíles; luego fueron las de dinero, lucro, poderío, y se formaron los círculos en rededor de los caudillos; surgieron éstos y los adeptos reclamaron. ¿Cómo pagarles?..... Allí estaban las tierras comuneras de los pobres Indios, Cholos y Montuvíos, y se iniciaron los ridículos latifundios en la Sierra y en la Costa: la tierra de muchos para los pocos.....

—«La formación de los latifundios constituye de hecho un régimen feudal en las tierras de América»—dice Jaramillo Alvarado, y el feudalismo criollo, sin grandezas suficientes, levantó sus castillos enclenques, petulantes y de una tiranía insolente en la Sierra, como si trataran de vengar en el Indio las ofensas inferidas a ellos por la nobleza española; y solapado, felón y traicionero en la Costa donde al Montuvío no se le podía dominar a foetazos. ¿Los baluartes de ese feudalismo?, las leyes; ¿las murallas?, la ignorancia, ¿las catapultas y bombardas?, las tiranías gobiernistas, las dictaduras democráticas; ¿sus heráldicas?, el bandidaje, la criminalidad, el despojo y el robo!.....

Pero había que justificar de alguna manera el despojo y los privilegios sobre Indios y Montuvíos. Europa tenía del Papa la nobleza otorgada a cambio de favores a una legión de adúlteros y bandidos, por mediación del Representante del Ser Supremo, y en América se levantó una nobleza, más numerosa en la República que en la Colonia, puesto que para ennoblecerse ante el Rey y el Papa había que gastar mucho, mientras que en la República bastaba la papeleta de servilismo para obtener el pergamino y el grado. El autor nacional citado arriba estampó una verdad innegable en su comentado libro: «Y como en Europa feudal existía una aristocracia, también en la América colonial se improvisó una nobleza con el contingente de los aventureros, de los analfabetos, de los hijos de fraile y de los descendientes de íngas y mandíngas de los primeros tiempos de la conquista».

Los que no pudieron obtener galardones reales a fuerza de ennoblecimientos comprados al Papa o al Rey, en la República tremolaron otras dignidades igualmente petulantes: la nobleza de próceres, la descendencia de éstos y hasta los títulos de post-independencia comprados en el viejo mundo. A otros les ha bastado ser ricos y pagar a los genealogistas para enraizarse con nobles apellidos de Europa, y hasta hoy existe gente que explota la ingenuidad o vanidad de nuestros criollos enriquecidos, construyendo árboles genealógicos a precios subidos o módicos, según la protección o dineros del ennoblecido.

Pobres Huaracas, Lobatos, Duchicelas, Guales, Caichis y Tomalás que fuisteis despreciados de vuestro abolengo aborígen y puro, por los descendientes de «íngas» y «mandíngas!».....

González Suárez, en su Historia del Ecuador, al referirse a los nobles americanos escribió: «Todas gentes de humilde condición, perdían sus hábitos de trabajo y adquirirían todos los resabios de los nobles, sin poseer ni una siquiera de sus virtudes».

Los montuvíos fueron, al par que los indios, los que costearon los pergaminos de sus patronos y dieron las holganzas propias de la nobleza a los piratas de la salud pública; y así, con esos cimientos, se levantó nuestra enclenque aristocracia y ridículo gamonalismo.

¡Oh, los descendientes del antropoide, deslindados por los privilegios del apellido!.....

XI

El montuvio en la República

La emancipación americana creó, como hemos dicho, la ambición sobre las tierras comuneras defendidas por la Colonia en parte. En la Sierra se impuso de hecho el gamonalismo despótico, dado el carácter de sus habitantes, y en la Costa, por lo mismo, fué más benigno, pero más hipócrita y solapado, aunque más humano. El Indio perdió de raíz sus libertades relativas de la Colonia; el montuvio las fué entregando poco a poco mediante el engaño.

Paternal en un principio el sistema colonizador en el Litoral, familiar y afectuoso, pudiéramos decir, el gamonalismo del coloniaje y aún el de post-colonia, nuestra vida montuvia se desarrolló sin desconfianzas, sin odios y sin el apego del esclavizado Indio a su pedazo de tierra, a su chacra. Por otro lado, nuestra naturaleza pródiga, lujuriosa y tropical ofrecía al Montuvio más fácil sustento y oportunidades de holganza que al pobre Indio de la serranía, que habita en una tierra árida y esquiva, en su mayor extensión.

Hablando el mismo lenguaje que sus patrones, con similares costumbres, se familiarizaron con éstos y hasta llegaron a identificarse de tal modo que servidores y servidos se confundían en el diario trabajo y hasta se mezclaron en lazos familiares. En la Sierra la diferencia entre propietarios y peones es inmensa, comenzando por la diferencia de idiomas y el quijotismo del mestizo gamonal que aspira a ser noble y aristócrata. Sobre el idioma dice Jaramillo Alvarado: «El quichua se ha mantenido en las doctrinas de la Sierra y del Oriente, con premeditación y alevosía, como lenguaje oficial para la explotación del Indio».

No obstante la enseñanza del «quichua» en el Oriente, ha sido imposible reducir al Jívaro a la esclavitud, y eso constituye un argumento a nuestro favor, pues en la Costa hubo necesidad de un sistema más humano y más digno de España con tribus igualmente rebeldes.

Nuestros Montuvios, que tan rápidamente asimilaron las enseñanzas españolas, amaron la guitarra, el caballo y la

«china», como llaman a la mujer. No se escapó el carácter galante, locuaz y farolero de los hispanos de tierra caliente. Se fabricó el aguardiente de caña y se completó el cuarteto de sus pasiones, y poco les importó que el gamonal se fuera apoderando de sus tierras: así eran más libres y ganarían dinero en los fundos. El individualismo suicida de nuestro mestizaje se debió a la influencia ibérica, indudablemente, acicateado por el espíritu jaranero, aventurero e inquieto del español.

En el Litoral no hubieron jamás «cuentayos», «mitayos» y «huasicamas», ni se acostumbró el «obraje», ni se emplearon los sistemas de «mingas». El carácter montuvio rechazaba esas imposiciones y costumbres.

El concertaje vil no fué antes en el Litoral un yugo hasta que los gamonales se dieron cuenta de que en París podían derrochar mejor el dinero que en su propia tierra; que el espumoso Champagne era mejor que el «puro» de caña; que acá no pasaban de ser los criollos enriquecidos de Don Fulano y Don Perencejo, al lado de sus parientes peones, y que las «midinettes» de rubias crenchas y ojos azules proporcionábanles los halagos de llamarles «monssieur», que en bocas enrojecidas por el «rouge» sonaban mejor que el vulgarizado DON o ño de nuestros campos y ciudades.

De ahí nació la verdadera explotación del campesino. Las principales familias emigraron; empezaron a perder el afecto a sus antiguos compañeros de sufrimiento y holgorio, y al darse cuenta de que con unos miles de sucres se era millonario en París, los «indianos» fueron a derrochar el sudor del Montuvio en legítimas monedas de oro francés, que era igualmente oro del esfuerzo campesino en el canje con nuestros productos agrícolas, para regresar más tarde arruinados, con sus huesos anquilosados, a llevarse los últimos centavos y a dejarnos sus vicios adquiridos en Montmartre, a encontrarlo todo «rustic», a mirar por sobre el hombro a sus compatriotas, a importar con sus residuos de fortuna la morfina, cocaína, y, con lo poco restante, retornar a París, donde si se les pregunta su nacionalidad la niegan y, como disculpa a su nexa con la Patria, dicen que sus padres tienen propiedades en «l' Afrique equatoriel».

El envilecedor concertaje, no obstante de ser una violación inicua a los derechos del hombre, antes de la emigración gamonalicia, que comenzó en 1880, no constituía en nuestro

Litoral un verdadero yugo y lo constituyó luego en parte, cuando los gamonales dejaron a los Montuvios en manos de sus mayordomos y apoderados, que exprimieron al campesino hasta la última gota de sudor para que los propietarios se entretuvieran en París casando a sus hijos con la nobleza arruinada, y para granjear ellos acá del mayordomaje y el poder.

Nuestros legisladores que han leído, unos, a Carlos Marx, Andreviev, Barbusse, Alfredo Palacios, Lenin, y cien más, y saben de redenciones sociales; que recitan, otros, de memoria el Ariel de Rodó; que han estudiado a Ingenieros, Alvarez, Vasconcelos y a todo el romanticismo liberal, en un impulsivismo generoso abolieron DE HECHO la Ley de Concertaje, que en forma ruín, siquiera, daba a nuestros montuvios el sustento, ya que por el interés de la deuda el patrón se veía obligado a darles trabajo y el mismo montuvio lo reclamaba con el derecho que asiste, o que ellos lo intuían por ese instinto del que se siente explotado, para pagar esa deuda, aunque luego entrar en otra, pero tener siempre donde vivir, cómo vestir a su «china» y a sus cachorros, cómo mandar a la «maestranza» (como dicen a la escuela) al más pequeño de sus retoños, que es siempre la esperanza de los padres campesinos, por que allí está el «concho» y porque los mayores no tuvieron tiempo a educarse porque fueron los partícipes de las faenas de los padres en la conquista del pan.

La abolición de la Ley de Concertaje fué, a no dudarlo, una conquista hacia la redención social de la masa campesina, o cuando menos tal mira llevó el legislador que la propugnó. No vituperamos la abolición, que demuestra el espíritu generoso de quienes la aprobaron, pero criticamos enérgicamente a esos mismos hombres de buena voluntad que no estudiaron, primero, la forma de no precipitar un cambio que iba a lanzar a nuestros campesinos al vandalaje. La abolición, sin darle al Montuvio antes una base de sustento, buscando soluciones al problema de tierras incultas, ley sobre latifundios, imponiendo leyes para obligar a los hacendados a dar trabajo a los peones bajo jornal mínimo señalado por el Estado y otras garantías que, al ser omitidas por la legislatura, dejaron al Montuvio en medio del camino, abandonado a su suerte, convirtiéndolo en un paria, en un bandolero...

El Indio fué, en parte, el beneficiado directamente. El Montuvio fué lanzado en brazos de sus impulsos de rebeldía, coraje y sus vicios.

El Indio, que ama más a su «chacra» que a sus mujeres y a sus hijos; que con mirada codiciosa y avara ve devorarse las crestas voluptuosas de las llanuras de trigo en la cosecha, se sintió de pronto convertido en pequeño propietario, y vióse feliz y liberado porque todas sus aspiraciones están en su «huasipungo» y en los pocos almudes que de él extrae. El Montuvío se encontró en medio de la sabana, con una carabina terciada a la espalda, un machete «cinco clavos» y sobre un caballo veloz, fiel compañero de sus aventuras. Extendió la mirada en ru redor: Desolación y miseria!..... y, muy bajito dijo al oído a su inquieto matango: «Oye, vamos a buscar el pan pa mis hijos y la yerba pa vos». Y el fiel compañero de las cuatro patas, a galope tendido, lo llevó hacia el crimen.....

La Ley de Concertaje fué abolida por los entusiastas desconocedores de nuestra realidad, pero el gamonalismo feudal subsiste y en forma oprobiosa.

Y lo más ridículo es que, sin existir grandes latifundios entre nosotros, sin haber enormes capitales en ciudades y campos, en comparación con otros países, el régimen capitalista, feudal y gamonalista, esquelético y ramplón pero absorbente y explotador, supervive con una petulancia increíble. El apellido todavía relumbra con artificiosas campanillas; los celulómanos aún se congregan en el cenáculo de los intereses creados y amparados los gamonales por la Policía Rural defienden el famélico feudalismo y hasta crean una lacra en las poblaciones: el Caciquismo pueblerino.

Librados de la Ley de Concertaje los montuvíos cayeron en la usura, cuya arma principal era el pagaré. Para evitarse este nuevo yugo se suprimió la prisión por deudas, y el gamonalismo tomó otros arbitrios diez veces más escandalosos: la compra de autoridades, las granjerías y favoritismos para los jueces, comisarios y alcaldes, y así la desvergüenza asaltó el poder judicial, la representación de la Justicia que debió ser garantía del campesinado.

El montón de leyes inconsultas dictadas por las legislaturas y que tienden a favorecer al campesino, se derrumba al menor soplo de la influencia gamonalicia, y a esto se añade el argumento de que «el Montuvío es ocioso», «el Montuvío no quiere trabajar», «el Montuvío vive en la holganza y quiere comer»..... y no saben los que esto argumentan que el Montuvío ha perdido su vigor, su afán de trabajo, su adhesión

al patrón, su confianza en los semejantes; las enfermedades del trópico, anemiantes por excelencia, lo azotan y no tiene con que curarse.

No hemos ganado nada de la Colonia a la fecha, y, si meditamos un poco, hemos perdido.....

Crespo Toral, el pensador vigoroso del Ayuay, conservador y revolucionario, declaró: «Nos encontramos hoy como al principio: sin hábitos republicanos, sin fronteras, sin riqueza nacional y dispersos por las ideas, por las castas, por odios alimentados en la guerra civil. Casi no somos sociedad en el sentido de agrupación unida para un fin común».

Y el malestar crece, se multiplica con la crisis económica mundial; los campos son azotados por la «Escoba de Bruja», y la «Monilla» y otras pestes en las plantaciones, y en los campesinos se enseñoorea el paludismo, la anquilostomiasis, que unidas a la Policía Rural en la forma en que está organizada, constituyen las plagas devastadoras.

El gamonal exprime a medida que la crisis aumenta, y la exprimida va aniquilando al Montuvío, mientras la voz clamorosa del Socialismo salvador sólo enfoca el problema Indio, olvidando por completo al campesinado litoralense, el mayor productor de la, hasta hoy, mayor riqueza nacional.

TERCERA CONFERENCIA

XII

Aspectos Fisiológicos y Enfermedades tropicales

No por incompetencia de especialistas, pero sí, acaso, por descuido, hemos olvidado hacer un estudio de la fisiología campesina, hija de la étnica y del medio en que se desarrolla la vida de los habitantes de nuestra región.

Antes de entrar en una materia tan delicada para los que no somos profesionales, vamos a hacer una diferenciación entre el llamado «cholo», el mismo personaje étnico de las orillas del mar; y el propiamente «montuvío», o sea el montañés, el de las riberas fluviales y el habitante de las sabanas. Ambos tienen caracteres iguales, como que son de la misma raza; que los distingue substancialmente del Indio interandino; pero las condiciones topográficas, climatéricas, diferencia de alimentación, desigualdad de trabajos, métodos de vida, etc., imprimen en cada uno de ellos ciertas modificaciones funcionales de organismo que se manifiestan bajo formas de expresiones individuales.

Corrientemente nuestro campesino del Litoral es de constitución bastante fuerte. Las condiciones de vida campestre en sí, las clases de viviendas que utilizan, no doblegan su organismo acerado, que bajo el aspecto de abejucada musculatura está listo siempre a las más rudas faenas, venciendo toda inclemencia del trópico y desafiando a la longevidad. En las orillas del mar, especialmente, los nativos viven largos años, y es muy corriente encontrar rugosos y simpáticos centenarios que nos hablan de épocas legendarias de los comienzos de nuestra vida republicana. El «cholo» costanero, desafiando las furias del mar sobre un peligroso esquife entre Manta y la isla de la Plata o a algunas millas frente a Santa Elena, surcando las agitadas aguas que nos separan de Galápagos en frágiles balandras con velas remendadas, nos está

demostrando a cada paso la pujanza, el valor y la fuerza de nuestra «raza». El «montuvío» que bordea la corriente, que con un golpe de canaleta, hace saltar elegantemente su canoa sobre la peligrosa *revesa* del río que reclama con hambre insaciable la frágil presa de la navecilla fluvial, que descuaja los grandes árboles de nuestros bosques intrincados y compactos; que doblega la fiereza de un potro «chúcaro» en los días de «jierra» para conquistar el «ajó!» estimulador con que premian sus hazañas las mozas, sonriendo alegremente sobre el lomo del corcel bravío, ante cuya hazaña dijera María Piedad Castillo de Leví: «Y en esos remolinos se condensa la inquietud de tu raza», es el prototipo racial criollo del Ecuador en su aspecto más noble, juzgado épicamente.

El Montuvío, ¡parece mentira!, sólo tiene dos grandes enemigos de su salud: la anquilostomiasis y el paludismo con todo sus ejércitos de manifestaciones que llevan consigo para la lucha contra el hombre estos dos males endémicos. El montuvío playero o «cholo» está menos expuesto en los embates del paludismo, pues su naturaleza y el medio lo rechazan, sufriendo sí los estragos de la anquilostomiasis en menor grado. Muy raras veces se presentan en los campos epidemias de otra índole y cuando llegan son transportadas de las ciudades, como la «coqueluche», gripe, viruela, etc.

La tuberculosis se encuentra en casos aislados en los Montuvios, y el mayor porcentaje de tuberculosos en nuestros campos se puede notar entre los interioranos mal aclimatados, entre los peones venidos del altiplano y no propiamente entre los nativos. Hay otros factores peligrosos para la vida del montuvío y son las víboras, los insectos venenosos y mil alimañas con que el trópico inclemente obsequia a sus habitantes. Las enfermedades de la sangre conocidas por sífilis, elefancia, lepra, etc. no se conocen entre los montuvios y ya sabemos que son propias de los climas fríos.

Podemos decir que los más encarnizados enemigos del campesino del litoral son: el parasitismo intestinal y el paludismo que, como dijimos en conferencia anterior, son enfermedades anemiantes por excelencia.

Nuestro consocio de la Regional, Dr. Carlos Neira, hizo un extenso estudio sobre las enfermedades litorales y la fisiología montuvia, por encargo especial de nuestra Agrupación, y al tratar sobre el paludismo terminó diciendo: «Esta enfermedad, cuya sintomatología es muchas veces caprichosa y

difícil de diagnosticar, dá lugar a las más serias equivocaciones, pues, complicándose con trastornos intestinales producidos por parásitos y en órganos agotados por sus consecuencias, simulan otras muy distintas enfermedades. Hay otros casos de forma pulmonar MUY CONFUNDIBLES CON LA TUBERCULOSIS».

Se vé, pues, por un estudio hecho «especialmente» para nuestros fines de bienestar común campesino, que la tuberculosis no es un mal endémico en nuestros campos; está arraigada en las ciudades y va a la montaña exportada de aquellas o las toman los interioranos y extranjeros mal aclimatados.

La predisposición a la criminalidad en los montuvíos tiene su origen en el paludismo. Para esta afirmación nos basamos en un párrafo del mismo Dr. Neira: «La destrucción de los glóbulos rojos de un modo directo o por sus toxinas debilita el organismo en sus fuentes de energía, imposibilitándolo para el trabajo material, que lo hace a veces perezoso, debilitándolo en la defensa de su propio organismo para la invasión de cualquier otra enfermedad, y, ¡no os admiraréis: LO PREDISPONE PARA EL CRIMEN!».....

Los que hemos sido víctimas del paludismo podemos atestiguar los efectos mal geniantes que produce esa neurosis por el debilitamiento de los glóbulos rojos; pero más cobardes los hijos de la ciudad, menos impulsivos y acostumbrados a los engreimientos familiares, a los cuidados de médicos y en campo propicio para los libertinajes, raras veces se nos presenta esa neurosis con ímpetus destructores, y si a ese plano llegamos, nos destruimos a nosotros mismos ingiriendo tóxicos o pegándonos un tiro en el primer desequilibrio lírico o revés de suerte. En los campos el suicidio, por creencias, supersticiones o porque está más puro el instinto de conservación, es un crimen mucho mayor que el de matar a un semejante, para la conciencia del montuvío. La riña provoca la excitación nerviosa; la neurosis de su temperamento palúdico precipita al Montuvío a la cólera; el alcohol la estimula grandemente; las normas rústicas de la dignidad en quíjotismos heredados de España y el valor natural del aborigen se mezclan en la gresca. y el crimen se hace sin que nadie sepa ni por qué.

Sin embargo y a pesar de las condiciones de vida que rodean al montuvío, su organismo lucha constantemente contra las enfermedades y las plagas y es dócil contra cualquier

insinuación medicamentosa. Con pocas medicinas la naturaleza del campesino retorna a la normalidad, y se explica por no haber tenido la desgracia de haber sido habituado desde su infancia a las frecuentes intoxicaciones, que con la aparente e injustificable medicación casera y el negocio exorbitante de boticas y droguerías, se debilitan y mal enseñan los organismos en la ciudad. Las medicinas del Montuvio son los montecitos, las yerbas, la Naturaleza, en una palabra, fuente poderosa y benéfica de los más sanos recursos.

Su alimentación, un tanto escasa por la costumbre, pero sencilla y nutritiva, robustece su sangre; su vida, casi al aire libre, y el ligero atavío que usa, lo pone en más contacto con la Naturaleza, haciéndolo sencillón y fácil al engaño de los que lo explotan.

Para terminar el ligero estudio fisiológico, vamos a dar mayor descripción a los dos personajes populares que constituyen nuestra raza «montuvía», a fin de no perder la posibilidad de que los factores fisiográficos puedan influir en las variantes de un mismo grupo étnico.

El marino de la costa es ictiófago y está hecho para el trasnocho en alta mar. No muy alto, grueso, su musculatura es recia, hecha en la gimnasia del manejo de las jarcias, redes, arpones, templadas de velas y lucha constante contra el mar y sus traiciones; espaldas anchas, pecho amplio, algo taciturno y poco decidor, pudiéramos decir monosilábico, pero enérgico en sus decisiones e impasible ante el peligro.

El con más propiedad llamado «montuvío», es vegetariano, delgado, alto, flexible, hecho para el salto, de abejucada musculatura que lo hace ágil y dispuesto para saltar sobre el lomo del potro, esquivar las asechanzas de las fieras en la maleza, escurrirse ante el intento de un ofidio traicionero; hábil para trepar a los cocoteros, para recoger un sombrero o una moneda al galope tendido de su caballo; alegre para entonar una copla o rehuír felinamente el tajo del machete del contrario en la refriega.

Y así nos encontramos con dos personajes a un paso de la civilización, amenazados de muerte por el descuido de nuestros gobiernos mal llamados «democráticos».

Faltos de una legislación que contemple nuestros diferentes problemas; faltos de estudios serios sobre sociología ecuatoriana; las nuevas doctrinas de izquierda se han limitado hasta hace poco a enunciar postulados de salvación agraria,

pero sin base firme y segura para elaborar un programa de acción científico.

La Asociación del Montuvío sólo puede limitarse a emprender la lucha aisladamente, por esfuerzo propio, sin apoyo de los poderes públicos y tan sólo recordando las frases de Gabriela Mistral, esa enorme mujer de América: «Hay la alegría de ser sano y la alegría de ser justo; pero hay por sobre todo la inmensa, la hermosa alegría de servir. ¡Qué triste sería el mundo si todo él estuviera hecho, si no hubiera un rosal que plantar, una empresa que emprender»

XIII

Colectivismo Indígena e Individualismo Montuvio

Como podemos apreciar, la Independencia no hizo ningún beneficio al Montuvio y mucho menos lo hizo al Indio, al igual que el proceso democratizante de la República. El escritor mexicano Moisés Saenz, al referirse a las proclamas de libertad de los independizadores de América, ha dicho en su obra sobre el indio peruano: «Esas declaraciones y otras muchas de ese género que hicieron los próceres de la Independencia y de la República, expresiones del liberalismo romántico de la época, antes que determinar la liberación del Indio, forjaron las cadenas con que quedó fatalmente amarrado.

La comunidad indígena, respetada hasta cierto punto por las leyes proteccionistas coloniales, en la República fueron el botín de las ambiciones próceras, y el Indio fué retirándose lentamente a los páramos, a las punas áridas. El espíritu colectivista indígena supervivió a toda presión individualista del liberalismo democrático, pues el instinto decía al nativo que todo ello no pasaría de proclamas. El latifundio extendió sus tentáculos y el legalismo fué el arma del conquistador republicano.

Las parcelaciones de tierras intentadas por los liberales no ha desraizado el espíritu ancestral de la comunidad. La comunidad supervive sobre la parcela. El Indio tiene una alma colectivista, y pudiéramos decir «una personalidad colec-

tiva». La comunidad no la crearon los Incas, como generalmente se cree. La comunidad es hija de un proceso histórico-biológico de la decadencia de los pueblos. Los Incas no hicieron otra cosa que robustecerla bajo un sistema teocrático, a fin de aprovechar la fuerza colectiva. El legislador incaico llegó a percatarse de que por medio de una dictadura absoluta y aprovechando el sistema comunal podría levantarse la fuerza creadora de su pueblo. Repetimos: estamos seguros de que el sistema incaico fué en épocas remotísimas un gobierno democrático y hasta patriarcal. Moisés Sáenz ha anotado también que la comunidad en el Ecuador es pre-incaica, cuando dice: «Por todos lados se ven indicios del carácter comunista y colectivista del Indio, que se atribuyen a vestigios de la influencia incaica, pero que, incuestionablemente, tiene raigambre también en la manera de ser de los indios ecuatorianos anterior a la conquista de los del Sur. El comunismo de la tierra es el rasgo más aparente; las mingas o costumbres de trabajos colectivos son también aspectos obvios».

Un proceso biológico formó la comunidad y la comunidad anuló toda personalidad e individualidad en el Indio, llegando a ensombrear su espíritu de aspiración y hasta su instinto de perfeccionamiento biológico. Bajo el punto de vista sexológico el Indio no obedece a un impulso generoso. Los matrimonios se hacen sin ese impulso que nosotros los civilizados llamamos «amor». El Indio no es hijo del «amor», pues carece del sentimiento de los celos, del egoísmo marital.

Aquí tenemos que hacer una diferencia entre el Indio y el Montuvio. Para el Indio la mujer es un objeto de propiedad, de ayuda en el trabajo, y nos consta que ellos al tomar mujer que tiene hijos de otro, dicen: —«Mijor mujer con hijos, así ayudar trabajo». El Montuvio, por el contrario: tiene un enorme aprecio al valor moral de la mujer. A más de que la virginidad es una de las cualidades más apreciadas por él y se complace en calificar de «niña» a su novia o amiga, no permite que su mujer haga trabajos rudos que competen al hombre. Como enamorado el Montuvio es un personaje romántico de novela; tiene exquisiteces que envidiarían los galantuomos de la ciudad, y si la mujer se encuentra entre sus mayores pasiones, no es menos cariñoso y dulce con sus hijos.

Sobre la diferencia de sentimientos de indios y montuvios, exhibiremos aquí unas frases de Abelardo Moncayo: «Llorar, aunque lo matéis, el Indio no llora; sentimientos tier-

nos no son de corazones atrofiados». Nosotros diremos: Cuando el Indio llora lo hace borracho y con lagrimacion beoda, inconsciente, natural de una función orgánica. El Montuvio cuando llora lo hace de rabia, de coraje, ya porque su altivez ha sido humillada o porque su amor ha sufrido menoscabo o desprecio. Sólo llora por su orgullo y por su amor.

Refiriéndose a los sentimientos del Indio en la crítica que hace Isaac J. Barrera de la novela «Plata y Bronce» de Fernando Chávez tiene el siguiente párrafo: «¿Alguna vez vengó el Indio el honor ofendido de su hijo o de una esposa a la manera de como se verifica en la novela? ¿Y cuál sería en el Indio el concepto del honor? El patrón tiene el derecho de pernada y el Indio lo agradece humilde». El Montuvio por el contrario, no admite la menor ofensa al pudor de sus hijas o de sus mujeres, y los muchos homicidios por estos motivos nos dicen claramente cómo castiga el campesino costeño las ofensas a su honor o amor propio de hombre.

Por cierto que el matrimonio, como acto civil o religioso, es poco practicado en nuestros campos, pues cuando una moza está en disputa el más valiente se la lleva y de hecho queda consagrada como esposa y el marido la respeta y la hace respetar. El Montuvio venga su amor, el de sus hijos y el de sus semejantes, en muchos casos. La venganza es en nuestros campos una virtud y el derecho de matar es hasta protegido por la tradición.

El individualismo montuvío, nómada, libertino y muy lejos del individualismo liberal-económico que pretenden nuestros reformadores, ha sido la consecuencia del proceso biológico de pre-conquista hispánica, ayudado eficientemente por el proceso de mestizaje. Indudablemente ambos procesos, especialmente el segundo, ha perjudicado grandemente al Montuvio para su socialización.

La comunidad originada por el proceso histórico anotado, quitó toda personalidad al Indio, pero nos ha dejado, en cambio, un valioso espíritu colectivista para su socialización.

Los esfuerzos hechos por los liberales-individualistas no han pasado de ser letra muerta. Jorge de Lara, el psicólogo social del Azuay, en su artículo «La Mina de Aillón» publicado en el MERCURIO de Cuenca el año pasado, dijo: «La comunidad persiste sacudida por el Destino, viviendo en el hueco de la mano del azar. Falta la armonía de una dirección inteligente que utilice la enorme fuerza productora de la raza, y

falta el amor capaz de construir la estructura de una comunidad grandiosa, cuyos cimientos atraviesan las oscuridades de la Historia, para sostener las atrevidas concepciones arquitectónicas de Justicia y Hermandad». Los liberales no han hecho otra cosa que favorecer el gamonalismo en sus conquistas hacia el latifundio al tratar de parcelar la comunidad.

—El Indio es reacio al individualismo económico-agrario, y cualquier medida en ese sentido acabaría de hundir en la miseria y la esclavitud al campesino de la sierra.

Por otro lado, el Montuvío no ganaría nada con la parcela. La vendería al mayor postor a fin de conquistar su libertad de nómada, y cualquier ley parcelaria obligatoria protegería en la Costa la formación de nuevas cadenas y nuevos latifundios. El Montuvío ama el jornal envilecedor y es reacio para cumplir las mismas obligaciones de jornaleros.

El problema de socialización es más complejo en la Costa que en la Sierra. La parcelación, socialmente, perjudica a ambos, al Montuvío y al Indio, y la comunidad sólo beneficia al Indio.

El mismo Jorge de Lara declaró ya en el MERCURIO: «Se hizo revolución de palabras. Así la igualdad de los hombres ante la Ley, por ejemplo, cristalizada empírica y ciegamente, en nuestros códigos, les dejó al Indio y al Montuvío sin garantías legales, *reglamentando uniformemente pueblos y costumbres diversas y hasta paradójicas*».

Consideramos que la cooperativa agraria en la Sierra se impondría fácilmente como medio de liberación social del Indio, debido a la facilidad que preste el espíritu colectivista indígena, pero no bajo la forma comunal incaica, ni en la forma proteccionista del Coloniaje, ni mucho menos en el sentido que delimita el liberalismo romántico, sino en forma de organización socializante, en el sentido cooperativista agrario con finalidades concretas de incorporación al medio nacional y a la civilización.

No obstante que dentro del medio liberalizante individualista hemos tratado de encontrar soluciones para el Montuvío, en vista de su espíritu anti-colectivista, hemos llegado a la conclusión de que sólo el sistema cooperativista es el que positivamente, puede solucionar la cuestión montuvía. Los que tal sistema propugnamos no podemos menos de comprender que tropezaremos con la enorme muralla del nomadismo es-

piritual del Montuvío, y he aquí el tremendo problema del Socialismo en el Litoral.

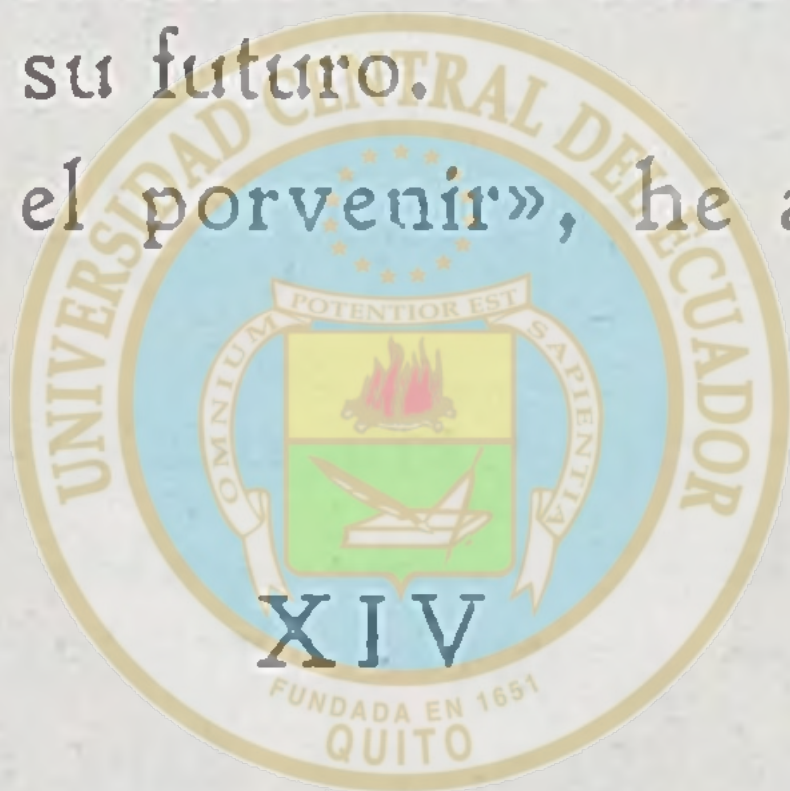
Hay que buscar el medio de inculcar el espíritu colectivista en el Montuvío, si queremos su salvación.

La cruzada es dura, fuerte, pero hay que emprenderla y emprenderla científicamente, estudiando el medio, el ambiente, la evolución histórica, la idiosincrasia regional. No se solucionan problemas de esa índole importando sistemas que están bien en otros medios y en otros procesos históricos.

Tenemos, pues, que hacer un sistema socializador eminentemente ecuatoriano.

Alguien ha dicho que la ciencia social es una ciencia biológica, aún cuando su acción inmediata debe ser económica. De ahí la necesidad de que nuestros sociólogos estudien seriamente el proceso evolutivo de nuestro pueblo, su verdadera situación actual y su futuro.

«Aprender a ver el porvenir», he allí una frase enorme de Haya de la Torre.



ÁREA HISTÓRICA

DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

El Latifundio y los Problemas Campesinos

Se viene asegurando que en nuestro país no existen los latifundios, y para disculpar la actitud del gamonalismo rural se viene sosteniendo que en Ecuador hay demasiadas tierras; que el que no se hace rico es porque no quiere trabajar, y otras muchas fraseologías de estilo ramplón, argumentos que más parecen de niños que de hombres enrolados en la vida racional. Ya se ha dicho insistentemente que, para incrementar la producción exportable y aún más la de consumo en el país, es necesario aprovechar los terrenos incultos de los latifundios de la Costa que se hallan al pie de las vías de comunicación. No se le puede decir al campesino: —Allí están las tierras del Estado, de la Asistencia Pública, de los Municipios; id a cultivarlas sin vías de comunicación, sin proximidad a centros de consumo, sin más horizonte que el de vivir comiéndose lo que siembran y sin contacto con la civilización.

Por otro lado, si los terrenos de la Asistencia Pública prestan por hoy servicios para atenciones gratuitas en hospitales y hospicios, recetarios y botiquines, ¿cómo es posible pensar en dicha repartición que, aún en forma de caridad, está sirviendo al campesinado aunque sea deficientemente?

Las propiedades cercanas a poblados y vías de comunicación son los latifundios, y éstos existen, por más que personas de valía en el liberalismo individual se empeñen en sostener lo contrario.

Hay, aproximadamente, sesenta mil propietarios en el Ecuador, de los cuales se han calculado unos seis mil latifundios, es decir un uno por diez, lo cual es una proporción enorme. Todos ellos están próximos a vías de comunicación. Las tierras del Estado son los llamados «terrenos baldíos», entre los que se encuentra la gran Región Oriental, que, geográficamente, llega al trapezio amazónico, incultivable, sin vías de comunicación y desconocida en su mayor extensión. ¿Será humana la repartición de los terrenos baldíos en esas condiciones?

El aprovechamiento de los terrenos incultos para la socialización del Montuvio sería, ante este caso, la adquisición por parte del Estado de los latifundios en su parte no cultivada y la formación de cooperativas agrarias, en una legislación que contemple, entre los habitantes del Litoral, la conquista colectivista sobre la individual.

La existencia del latifundio en la Costa debemos de juzgarla de acuerdo con su población y extensión, igual que en la sierra. La Costa tiene aproximadamente de 700 a 800 mil habitantes: pudiendo hacer un cálculo aproximado de diez a once habitantes por kilómetro cuadrado. Por lo tanto, y sin necesidad de que hayan propietarios de fundos tan extensos como los de otros países, el latifundio existe en una realidad cruda e innegable, aun tomando en cuenta que hay doscientos mil que se dedican a trabajos ciudadanos. Por lo tanto, a tanto individuo que posee como propietario más de doscientas hectáreas, puede considerársele latifundista.

Debemos, también, convenir en que el Ecuador es un país esencialmente agrícola. Poniendo como excepción a las ciudades de Guayaquil y Quito, el resto de las capitales de provincias y cantones tienen su vida económica en los campos. En el Litoral, especialmente, las capitales de provincias

son grandes poblaciones rurales, de espíritu rural y económicamente rurales.

Moisés Sáenz dijo ya en su libro sobre nuestro Indio: «El cultivo del suelo constituye la ocupación tradicional y predilecta del ecuatoriano; la población del país es esencialmente rural. Lo son desde luego los Indios, y el cholo se apega a la tierra con tanto cariño como los naturales».

Todo el que conozca nuestro país, aunque sea de visita, se llevará la impresión de que es un país eminentemente agrícola y de espíritu rural. Por lo tanto, nuestro principal problema nacional es el agrario y no podemos substraernos a él con el fomento de incipientes industrias, que bajo las leyes proteccionistas no hacen otra cosa que enriquecer a los accionistas, sin lograr solucionar, siquiera, las necesidades del obrerismo de las ciudades.

Nuestra riqueza es riqueza agrícola, hasta que la producción mineral pueda ser recuperada por el Estado, cuya producción tampoco superaría a la agraria.

Pero para solucionar esos problemas agrarios de la Costa y de la Sierra necesitamos una legislación especial, bífaz, bilateral, descentralizante, federal si fuere posible, pero siempre con tendencia socializante, colectivista, cooperativista.

La adquisición de los latifundios, por el momento, consideramos la más próxima solución económica, y en otra oportunidad analizaremos el complicado problema de nuestra instrucción rural, con la misma serenidad con que hemos contemplado el proceso histórico y biológico de nuestras masas populares.

CUARTA CONFERENCIA

I

Folklore y arte vernacular

En las tres conferencias anteriores entramos a considerar los diferentes aspectos del devenir histórico y social de nuestro mestizo costeño, y como consideramos que el estudio del arte de un pueblo es el estudio de su propia psicología, vamos a entrar en él para proporcionar un aporte más a lo que tanto se ha dicho y escrito sobre el arte ecuatoriano.

Hasta la Academia ha admitido la expresión inglesa «folklore», que podríamos traducir «lo típico», «lo de color local» lo de «donde uno». Y eso, por más que se ha dicho en contrario, sí lo tenemos y debemos explotarlo, encauzarlo para levantar nuestro arte vernacular, nacido de nuestros motivos; no sólo para «roturar — como dice el Artículo Fundamental de la agrupación criollista — con legitimidad la personalidad de un arte netamente nuestro», sino para cooperar a la iniciación de un arte que está gestando en la cultura americana, con materiales europeos, pero con alma mestiza.

Cuando en Panamá leíamos a la excéntrica bailarina Tórtola Valencia nuestra conferencia sobre criollismo americano, nos dijo la gran interpretativa: —«Vuestra labor os enaltece. Un país que no tiene folklore es una patria sin alma, sin personalidad».

Sobre nuestra labor escribía el notable articulista cuencaño Jorge de Lara, en las columnas de «El Mercurio» de Cuenca, hace cinco años: «La más fuerte corriente de nativismo ecuatoriano viene de la Costa, se infiltra en todas las capas sociales, se aristocratiza, se enraiza en la veneración del pueblo, se trueca en símbolo insensiblemente, para agitar el alma nacional creadora de arte y de ciencia. La idea montuvía pierde sus asperezas de bosque para llenar con su vigor etapas enteras de historia ecuatoriana, corrige su dialecto pa-

ra proclamar nuestra verdad a las naciones de América, y agita ahora su mestizaje igual que una bandera nueva sobre las cabezas de una multitud ávida de maravillas y desengañada por un presente de sombra y de miseria».

Esa voz de un escritor interandino fué la primera en los Andes que supo con mayor justeza interpretar nuestra finalidad social y hondamente humana, rompiendo con el egoísmo regional que había tenido muda a la prensa interandina.

El vespertino «La Estrella» de Panamá, en un editorial de junio de 1930, al referirse a nuestra labor decía: «Tiene, sin duda, un hondo sentido filosófico». A lo que podemos agregar nosotros: «Tiene, más que todo, un hondo significado social», aún dentro de la labor artística desarrollada en la campaña criolla.

Decía Otto Lehmann: «La realidad social representada en las artes populares es un bien común a los hombres, pero ello no es todavía perceptible por todos y ni siquiera por los sabios».

Nuestra campaña, que está proporcionando a Ecuador, innegablemente, para su robustecimiento artístico, un arte nuevo y muy nuestro, desde 1926, ha sido juzgada pobre y malamente con anticipación por nuestros pseudo sociólogos marxistas y por los piruetistas y metafóricos escritores llamados sin propiedad «proletarios», que en nuestro medio han formado una especie de asociación de «bombo mutuo» y acaparamiento de vulgares metaforismos. Habría que aconsejarles que lean un artículo de Unamuno, publicado recientemente en TODAMÉRICA, sobre la literatura «proletaria y los proletarizantes».

Cuando en Panamá sustentábamos una conferencia exclusivamente sobre arte vernacular de nuestro país, en el aula máxima del Instituto Nacional, un joven pseudo-revolucionario, pero burgués en sus íntimos egoísmos, tan ecuatoriano como nosotros, asaltó la tribuna y disparó sandeces acerca de nuestra labor, y no son pocos los artículos de barata literatura que a diario se leen en nuestra prensa, tratando de rebatir temas para los que no están científicamente preparados.

Pero si meditamos un poco, si contenemos nuestro pasionismo y olvidamos la pose de suficientismo que trae consigo la indigestión de lecturas extremistas que no concatenan con nuestra realidad, nos encontraremos con que nuestra Agrupación, en medio de sus fallas, tan combatida, es la que

mayor aporte ha proporcionado y la primera que seriamente se ha ocupado en el estudio razonado y benéfico de nuestra idiosincrasia.

Ante todo, debemos considerar que el proceso de mestizaje ha creado un sentimiento que pudiéramos llamar «alma americana», y nuestro españolismo, por la mezcla, tiene que ser relativo en sus manifestaciones y apreciaciones artísticas. Ello nos explicará el por qué nos entusiasmos los criollos ante un paso-doble flamenco y sentimos hondamente la tristeza de una melodía indígena. En la música montuvia podemos encontrar esta dualidad de sentimientos, la alegría española y la tristeza indígena, debido a que esta música es un producto del mestizaje, de la mezcla, del «alma americana». En Norte América el carácter inglés no ha podido producir otra cosa que cierto sello costumbrista, que está muy lejos del tradicional «carácter inglés».

El mestizaje ha producido en América un «principio» de cultura nueva, que si no es ya una cultura en apogeo, está en gestación y los americanos tendremos que comenzar a sentir muy pronto emociones propias que la cultura europea no nos ha hecho sentir sino confusamente, en sentido admirativo pero no creador. He aquí por qué no nace aún nuestro esperado Griegg.

Y pasando por estas observaciones, vamos a demostrar el valor positivo del arte típico en la realidad social.

De un informe presentado por el célebre folklorista e internacionalista panameño Narciso Garay al Secretario de Educación Pública de su país, tomamos como argumento que afianza nuestra labor, el siguiente párrafo de Ferrero: «El canto, el estudio del folklore, la cultura regional, el uso del dialecto para establecer una comparación instructiva con la lengua, son excelentes bases pedagógicas que deberían adoptarse cuanto antes por las demás naciones». Y en el mismo interesante informe encontramos las frases del Profesor Enricco Beretta, Director del Dopolavoro u Opera Popular de Roma, declarando: «Estamos lejos de esos especialistas en Pedagogía social que cren que la tradición popular, vieja, inútil y fosilizada retarda o impide la evolución de los pueblos. Creemos más bien que no es posible elevar y educar al pueblo empobreciendo el patrimonio tradicional que constituye su belleza indestructible. La tradición popular es un poderoso medio de educación y revalorización nacional».

A más de estas opiniones sobre la fuerza educativa del arte popular, que hoy ha adoptado en gran parte el socialismo, nos permitimos insertar aquí un argumento que afianza la influencia del folklore para el estudio de la psicología popular, base segura para la aplicación del sistema legislativo social. Se trata de la opinión del Profesor Rocco, ex-Ministro de Justicia del Gabinete Italiano y que tomamos del mismo informe de Garay: «El arte popular expresa, indiscutiblemente, la originalidad de las naciones. Sus formas se diferencian según la diversidad de las psicologías nacionales. Pero más allá de estas diferencias necesarias, el que quiere buscar descubre el fondo, que es común a todos los hombres, las bases mismas del alma humana».

Y nosotros, en un medio escabroso y sin estímulos, buscamos todos los recursos disponibles para encontrar en esta tempestad de ideas y aberraciones la ruta segura y aproximada, ya en la ciencia, en la sociología y en las artes de nuestro pueblo, que nos lleve hacia la meta anhelada de la comprensión y la realidad ecuatoriana. No quiere decir que desconozcamos la influencia que ejerció España en nuestro suelo, pero tampoco debemos olvidar que el resultado fué mestizo, algo que es español y es americano, debiendo anotar que la influencia americana palpita en los pliegues más recónditos de nuestro ancestro y sale a la superficie cuando menos lo notamos.

Manuel Ugarte, el gran maestro uruguayo, escribía hace poco: «La literatura bribona y fullera me ha parecido apenas digna de los especuladores sin vocación, que se dedican a ensartar palabras como pudieran dedicarse a fabricar sombreros de tres picos. En nuestra América selvática tiene que declinar el arte acartonado que siempre tuvo un aspecto enjuto de deber de colegial, y como el escritor empieza a observarse a sí mismo se cerrarán muy pronto los museos de reproducciones».

Nosotros preguntaremos: ¿se han cerrado ya en Ecuador?

No obstante nuestro esfuerzo que, al iniciarse en la Costa ha tenido su benéfica y ampliada repercusión en la Sierra, la desgraciada imitación aún subsiste en forma alarmante de peligro para nuestra literatura y arte en general, con detrimento e inmediata influencia en el confucionismo de la sociología ecuatoriana, alejándonos de nuestra realidad para llevarnos a

las estepas siberianas o al barrio bohemio de cualquier capital europea.

A nuestro ambiente en gestación podremos decir otras frases de Ugarte, porque parece que el gran hispanoamericanista se dirigiera a nosotros: «Hemos vivido por cable, atentos igualmente a las cotizaciones y a las modas, como si, alimentados por un cordón umbilical de direcciones supremas, la esencia de nuestro ser no hubiera salido a luz.»

Y esto es una verdad, tanto más innegable cuanto que se ve a gentes que se han creído de criterio y se consagra «lumberas», combatir toda modalidad que nace de nuestro ambiente, a influencia de nuestros motivos, debiéndose ello a la predisposición internacionalista ultra moderna, acerca de la cual escribió el mismo autor citado arriba: «no es más que una manifestación del embobecimiento que en todos los órdenes nos ha inmovilizado, primero ante Europa y después ante los Estados Unidos del Norte».

Nuestra cruzada de arte viene combatiendo esa influencia europea que ha llegado a cambiar nuestra *fisonomía psíquica*, que pudieramos decir, de nuestros artistas nacionales. Un lento resurgimiento se nota en el ambiente empobrecido por la influencia místico-europea de la Colonia, mezclado con el agotamiento moderno del Viejo Mundo. Pero es tan escaso el surgimiento, que podemos decir que aún no empezamos.

Qué triste y desconsolador es el cuadro que pinta, con mano maestra y trazo seguro, el notable crítico quiteño César Arroyo, sobre el arte ecuatoriano: «Nuestra literatura ha sido declamatoria, ampulosa, rimbombante; nuestra pintura ha sido amanerada, clásica, relamida; nuestra música ha sido quejumbrosa, sollozante, monótona; las notas del Yaraví parecen arrastrarse por el polvo de los caminos en el fracaso de una rota inspiración; nuestra escultura ha sido la de los cristos lacerados y visionarios, la de los santos macerados y agónicos, la de las vírgenes imposibles e ideales».

Y es que en nuestro arte, especialmente en el Interande, salvo honrosas excepciones, se nota la influencia que todavía ejercen la pintura y escultura de la Edad Media, con todas sus crueldades de Inquisición, y el viejo tema del Jesucristo y el incomprendido místico de Asís en sus clásicas expresiones, siguen siendo motivos de inspiración para el que busca consagrarse ante el cretinismo católico-burgués, y los que quieren ver los salones de sus exposiciones repletos de damas

enjoyadas, que tras los binóculos de sus apreciaciones huera, lloriquean ante un cuadro del CALVARIO que ostenta torcido el INRI de la desvergüenza y la falta de personalidad artística.

Jesucristo crucificado en el arte nos inspira mucha lástima!.....

Y son dos los factores que nos mantienen estancados para la evolución de nuestro arte: el no habernos liberado prontamente de la influencia mística colonial y el deseo de copiar lo extranjero, de importar temas, que por no ser nuestros, no los podemos sentir. Tal es el deseo de copiar lo que es producto de otros procesos sociales o de imponer nuestros motivos con modalidades extrañas, que desdeñamos con una miopía intelectual rayana en la ignorancia nuestros temas y nuestros estilos, por considerarlos sencillamente nuestros. Debe ser lo de otro, lo de allá y lo de más allá, por malo que sea, y aquí vale poner la frase lapidaria del poeta y filósofo azuayo Crespo Toral, al referirse al desprecio que hacemos del valioso sombrero nacional de paja toquilla (Jipijapa o Montecristi), que al subir de precio el extranjero, preferimos no usarlo: «Ya entre nosotros creo no hay ni cabezas para sombreros»... ..

El afán de copiar o aceptar sin dilaciones ni estudio lo que trae el «made in stranger» nos ha llevado hasta el ridículo. Recordarán los oyentes, que no hace dos años el Cronista Vitalicio de la ciudad de Guayaquil, Dr. Chávez Franco, rompía con su pluma el cuadro apócrifo y cursilón, anacrónico y de pésimo gusto, de la firma del Acta de nuestra independencia costeña, proporcionando temas para una reconstrucción de ese acto patricio que todos los años lo celebramos con banderolas y discursos, y hasta ahora hay un solo artista que se dedique a reconstruirlo, a investigar la verdad de lo afirmado, siquiera, dejándonos muy campantes con el cromo de marras, que lo hizo confeccionar a su antojo en Europa una fábrica italiana de chocollates y galletas!

Era extranjera la marca, italianas las galletas..... y sabrosos los bombones.

Y seguiremos anotando valiosas opiniones sobre nuestra tesis.

Nuestro consocio, el artista español Roura Oxandaberro, que fué el primero que dió a conocer nuestros motivos en el exterior, manifestó en una entrevista publicada en EL UNIVER-

so hace un año apenas: «El folklore es la base del Arte netamente propio y de él se debe partir en *toda nueva tendencia*. El arte vernacular es la tendencia moderna del arte en todas las naciones y con mayor razón debe serlo en un país que tanto se presta a ello. Por desgracia, las campañas en este sentido en el Ecuador han sido intencionadas de trasplante de lo que se ha hecho en otros países, y esta tendencia mal captada por los aficionados puede degenerar en una trasplante infructuosa a que tan ajeno es el arte vernacular».

El escultor lojano Alfredo Palacio decía en el mismo diario: «El arte actual nuestro, influenciado de vitaminas mal asimiladas del arte europeo, debe construirse en la realidad misma del dolor que produce nuestra inquietud de crear algo propio. Pero no se confunda el dolor o la angustia de crear con el dolor no sentido sinceramente en la actualidad del misticismo de la Edad Media, que ha sido la base de nuestra escultura, pintura y música.»

Y basta, por ahora, de ahondar en opiniones de artistas y críticos sobre el valor enorme del folklore y la escuela vernácula nacional. Entremos a otros aspectos que caracterizan a nuestros «monos», al mimetismo del ambiente que nos rodea.

Oh, la música clásica!, dicen los *snobs* y los virtuosos sin virtudes. ¡Y nosotros les preguntaríamos: ¿qué es la música clásica? ¿Qué es lo clásico, sino lo modelo, lo ejemplar y superbo que la Naturaleza y sus manifestaciones nos presentan en motivos bellísimos de inspiración y armonía? ¿Cuáles son los «clásicos», sino Chopin, Griegg, Litz y otros folkloristas de la música?

Cierto hábil músico argentino declaraba entáticamente en un restaurant de nuestra avenida principal en Guayaquil, ante la complicidad embobecida de los discípulos, que nuestro folklore no existe; y a más de maldecir de la música argentina, declaraba que la América Hispana necesitaba un Griegg. No necesitamos rebatir argumentos tan infantiles, que bien refutados están por eminentes críticos como Einstein y Spengler, pero sí debemos hacer recaer la culpa sobre estos virtuosos que cultivan predios ajenos y sin autoridad suficiente desdeñan nuestros motivos. De esa clase de músicos, jamás surgirá nuestro Griegg, estamos seguros.

El proselitismo que realizan los mimetistas de la música, es necesario aclararlo de una vez por todas y para toda la

America. Nosotros no estamos preparados para sentir hondamente lo que es proceso diferente de nuestra marcha: nosotros somos indohispanos o indoeuropeos, pero sin olvidar ni podernos desprender del ancestro «indo». Estamos preparados para otra cultura, que vendrá después y nacerá del Continente. La occidentalización de América ha producido idéntico fenómeno que la occidentalización del Japón: en la superficie.

Si el Nuevo Mundo está llamado a vivir una nueva cultura, que hoy innegablemente está en gestación, no podemos aspirar a sentir sino en parte los torrentes de las emociones occidentales. Spengler ha dicho en su *Decadencia de Occidente*: «Cada cultura posee su manera de ver la naturaleza, de conocerla, o lo que es lo mismo: cada cultura tiene su naturaleza propia y peculiar, que ningún otro tipo de hombres puede poseer en igual forma.»

Y aun cuando discutido Spengler no ha hecho sino concretar lo que ya muchos críticos vienen afirmando hace más de un siglo. Sobre la música, el mismo crítico declara: «También la música China es ininteligible para nosotros y, según dicen los chinos ilustrados, nosotros somos incapaces de distinguir los pasajes alegres de los pasajes tristes. En cambio, toda nuestra música occidental, sin distinción, le produce al chino la impresión de una marcha.» Luego, en otro párrafo, agrega: «La música rusa nos parece toda ella infinitamente triste, y, sin embargo, los rusos aseguran que a ellos no les produce tal impresión.»

Pero nosotros no queremos darnos por derrotados y deseamos, a toda costa, sentir en nuestras venas, donde aún circulan partículas del «indo», el europeo palpar de una cultura que llegó cansada a la América, que se refugió agotada y sólo nos trajo los destellos lejanos de una hoguera vacilante, que se mezcló con las cenizas de la ruina y decadencia de las razas americanas.

En la metamorfosis del Tango podemos apreciar que el alma americana tiene que transformar y adaptar todo sentimiento artístico que llega a ella. El Tango español cambió notablemente en sus cadencias al llegar a Cuba, sufriendo los aires de la «habanera», y en Buenos Aires se ha transformado en la antípoda del Tango original, convirtiéndose en un producto del sentimiento argentino, con aledaños de pampa y dolor de arrabal de gran urbe.

No tuvieron la culpa nuestros antepasados de haber vivido la influencia extranjera: era costumbre en España y sus colonias la enseñanza del latín, las lecturas de Virgilio, Homero, Petrarca, Dante; y obligación Cervantes, Calderón, Tirso y otros clásicos españoles. No tuvieron otra escuela. Pero que los actuales se dediquen a cantar en rimas de Homero, describiendo pasajes de la mitología griega, y lo que es más, a escribir, esculpir, y pintar escenas de la corte de los Luíses, desdeñando nuestros motivos infinitamente hermosos, es imperdonable.

Se ha construido en el siglo XX, primero, una literatura de minuet y rigodón, con muchas Manons y Pompadours, sin fondo, sin realidad, o se ha fantaseado sobre épicas jornadas de nuestra mentirosa historia con una fraseología rimbombante; todo eso hasta que vino la cursilería lloricona del novio despechado, de la morfina, el opio y más estimulantes para presenciar el film de los paraísos orientales; y cuando todo ello pasó de moda, empezaron a ensartar palabras y a provocar angustias de purgante salino en los lectores, copiando la influencia europea de la angustia y el dolor desconcertante que produjo la gran guerra, o el estupendo espectáculo electrificante de la vida norteamericana ante nuestros ojos aldeanos de la América del Sur.

Por último, como resultante de nuestra campaña vernácula, se tuerce lastimosamente la idealidad de un arte nuestro y nuevo, ya con la copia del folklorismo extranjero, o con una trasplantación proletaria de escritores demo-burgueses, sin fondo e insincera, mentirosa e hipócrita, enferma de suficientismo, de mentalidad matonil, que está muy lejos de nuestra realidad y, al mismo tiempo, lejos de la verdadera literatura sentida y hondamente proletaria de los apóstoles moscovitas.

Isaac J. Barrera, en su crítica sobre la novela «Plata y Bronce» de Fernando Chávez, dijo: «En el Ecuador no se escribirán novelas de refinamientos parisienses; tendrán que referirse a nuestros propios motivos.»

Ligeros Estudios Históricos del Arte en Ecuador

Señalada la importancia del arte vernacular, entraremos a verificar un ligero recuento de nuestro desenvolvimiento artístico a través de la historia.

Humboldt, La Condamine, Bollaert, Huezey y Jiménez de la Espada hicieron notables estudios de nuestras razas indígenas, pero confundieron notablemente lo aborígen con lo incaico, y de allí nace que nuestra cultura prehistórica adquiriera a nuestros ojos influencia reciente o inmediata a la venida de los españoles.

Ya tratamos de probar en nuestra primera conferencia el estado de decadencia moral, intelectual y hasta física en que se encontraban nuestras razas de Ecuador al arribo de los españoles, y mal pudo existir entonces un arte pletórico, robusto, que es producto siempre de una cultura floreciente o en pleno desarrollo. Los españoles no lo encontraron en absoluto, y sólo empezó a notarse años después de la conquista europea y debido, en parte, a la influencia de los nuevos conquistadores.

Ni Garcilaso de la Vega, ni Cieza de León, ni Velasco ni otro de los que podríamos llamar «de primera hora» aseguran la existencia de un arte, y con respecto a la música lo niegan rotundamente. El instrumento conocido con el nombre de «rondador» o zampoña, fué traído de Europa por los gallegos y es un instrumento antiguo de los griegos, que podemos apreciar hasta en los pasajes de la Mitología, usado por faunos y otros personajes, junto a la siringa, al pífano, la flauta, la quena, etc. Este instrumento y el llamano «bocina» fueron los que más rápidamente se difundieron en América. Lo conocen los indios «cunas» de Panamá, los del alto Panamá y los del sur de Venezuela. La «bocina» es la misma bocina o cuerno de los cazadores europeos, con ligeras variantes.

En una de las figuras que presenta González Suárez en su Atlas Arqueológico, parece advertirse una zampoña o rondador; pero aquí cabe preguntar si ese objeto fué verdaderamente de preconquista ibérica o si la figura es efectivamente un rondador. Ya sabemos que los indios en la colonia, y aún en nuestros días, conservaban la manufactura de idolillos o figuras humanas, de sus antecesores.

González Suárez escribió en su Historia: «La música no había alcanzado ni la más rudimentaria perfección artística, y en los aires y tonadas de sus instrumentos predominaba, sin duda, una nota de tristeza y de melancolía, como en la de los Incas.» En otro capítulo agrega: «Tocaban también la

flauta y el pito, pero su música era más bien un ruido desordenado que una combinación armónica de sonidos.»

La cultura musical, relativa, que nos muestra la arqueología no fué ni incaica ni de las tribus que habitaban estas regiones a la llegada de los españoles: fué anterior a ambas, en remotos tiempos. Los europeos no encontraron nada, ni el menor indicio dieron de ello los sometidos por los Pizarros y Almagros. Ha sido la Arqueología la que ha desenterrado esos objetos que nos dan una idea de los conocimientos musicales de la invasión Maya. Hoy no queda ningún vestigio verdaderamente primitivo de arte musical autóctono en las razas que pueblan nuestro territorio, salvo los tambores y pitos que utilizan las tribus de oriente para sus salvajes danzas guerreras.

Los pseudo-investigadores y musicólogos patrioterros se han empeñado en declarar la originalidad de ciertas tonadas interandinas, y a esto dice González Suárez en una nota del Capítulo I de su Historia: «Tampoco pueden ser auténticos o provenientes de los antiguos indígenas ecuatorianos los Yaravies o tonadas populares que se acostumbra a cantar en nuestras aldeas y menos las que se conservan entre el pueblo de las ciudades».

El Yaraví, el San Juanito y otras tonadas populares de la Sierra son productos de la colonia española; tonadas similares unas al «cante jondo» peninsular, variadas y adaptadas a las psicologías serraniegas de Ecuador y Perú, con modulaciones parecidas, pero con «alma americana».

Los españoles encontraron en la América Meridional el «tetracono» y lo que en los museos vemos de mayor perfección, ya en la pentafonía o en preludios de la escala actual, son instrumentos muy antiguos, de remotos tiempos y que podemos atribuir a las invasiones Nahuatl o Mayas, de cultura superior comprobada.

Lo aceptable hoy como temas vernáculos en nuestros indígenas del altiplano es producto de la enseñanza española. Durante los primeros tiempos de la conquista los instrumentos que se conocieron en nuestro interior fueron los tambores, pífanos, chirimías y clarines que enseñaban a tocar a los indígenas y criollos los frailes, especialmente los dominicos, con el objeto de celebrar sus fiestas religiosas. Es posible que en esos albores se introdujo el «rondador» y la «que-

na», así como la «bocina». En 1623 se comenzó a tocar el arpa en Guayaquil y probablemente en la Sierra.

Gorívar, Miguel de Santiago y Samaniego, los célebres pintores de nuestra época colonial, fueron españoles y sus trabajos tienen la influencia de la escuela sevillana, unos, y rafaelista otros. El indígena Caspicara fué instruído en escultura por los religiosos, y de arte colonial propiamente ecuatoriano no hay nada notable. Del tan comentado Miguel de Santiago se ha asegurado que fué en España discípulo de Murillo.

El arte «autóctono» es una mentira entre nosotros y tenemos que convenir en que toda esa fuente inagotable de motivos variados y pintorescos, tanto en la Sierra como en la Costa, son CRIOLLOS, productos de la amalgama, del cruce; corriente europea en el cauce de nuestro sentimiento primario americano: de ahí esa tristeza en la música llamada indígena, tristeza que es real para nosotros los que tenemos cruce, pero que es natural para el indio, para la psicología de su raza biológicamente vencida y no vivificada con el cruce.

Y es curioso: no contentos con no poseer nada «autóctono», aún en lo criollo pedimos prestados motivos e inspiración a los países vecinos. La importación del PASILLO, acerca del cual dijera Osorio que fué confeccionado en Venezuela y perfeccionado en Colombia, ha venido a ser en Ecuador una amalgama de San Juanito y Yaraví, con el tiempo del alegre pasillo colombiano; y, parece mentira!, en nuestra propia región litoral se impone debido al cretinismo de nuestros compositores populares, que han hecho otra imposible y peor amalgama con los Amorfinos montuvíos, titulándolos «Pasillos Costeños».

No obstante de que Jaramillo Alvarado asegura que «en el pasilo está intacta la amargura de la raza vencida», insistimos en que el pasillo es un ayuntamiento mal hecho entre nosotros de dos músicas antagónicas, paradógicas: la alegría del pasillo colombiano y la pesadez tristona del Yaraví importado del Perú. Pidiendo apoyo a los extremos nos encontramos en un medio incoloro musicalmente, proclamando enfáticamente como música criolla nacional una amalgama insoportable, que es ajena a nuestro sentimiento vernáculo y que, en el fondo, influye para desconcertar la personalidad de la psicología popular con influencias externas.

Ignoramos en qué época nació el pasillo en Venezuela, cuándo fué su auge en Colombia y llegó a Ecuador y se produjo esa fusión desconcertante. Cuando éramos pequeñuelos, los pasillos más afamados en Guayaquil y en la Costa en general eran los colombianos, y hasta recordamos que era de mal tono bailarlos en las fiestas de etiqueta y salones principales. Hasta hoy la mayoría de las mozas que continuamente asisten a los bailes no dan al pasillo su natural cadencia, lo que hace declarar a los del altiplano que los costeños no saben bailar pasillo. Lo que podríamos llamar «pasillo-manía» surgió hace muy pocos años en la Costa y nuestros compositores litoralenses casi no los escribían. Francisco Paredes fué el primero que logró impresionar el ambiente costeño, tomando como letra de una de sus composiciones un poema del popular y querido Medardo Angel Silva. Por otro lado, los pasillos de Paredes fueron aceptados en todos los ambientes por su aire elegante con que llegaron los primeros. Hoy existe una vulgarísima falange de compositores de barrio que nos espetan unas inspiraciones tanto más vulgares cuanto ajenas a nuestra idiosincrasia.

El pasillo ha podido triunfar entre nosotros y los de la Costa, como ha triunfado el Fox Trot, el Blues, One Step y el Tango, sin que ello constituya un galardón, ni mucho menos un producto genuino de nuestro ambiente.

ÁREA HISTÓRICA
DEL CENTRO DE INFORMACIÓN INTEGRAL

Folklore Montuvio

Entraremos a tratar, de un modo panorámico, los rasgos más sobresalientes del folklore Montuvio. Nuestro personaje popular, ya el marino como el del río, el de la sabana y la montaña, poco aspecto pintoresco ofrece en sus labores manuales, que se reducen a la confección de velas, jarcias, redes, harpones, barcos de reducido calado, canoas, sombreros de paja-toquilla, hamacas y algunos útiles indispensables de trabajo.

En la Sierra el Indio es más hábil y dócil para los trabajos pacientes y laboriosos: hilandería, confección de caprichosos atavíos, miniaturas, alfarería, etc., notándose en los criollos del pueblo bajo de las ciudades bastante gusto artístico en objetos que los turistas adquieren en muy bajo precio.

El Montuvío es pintoresco como tipo de personalidad más definida, como hombre de valor por sus costumbres, su vida, su complicada personalidad, sus pasiones y su natural ingenio y locuacidad.

Ya hemos dicho en la conferencia que tratamos sobre el problema social campesino, que el cuarteto de sus pasiones lo constituyen la guitarra, la mujer, el caballo y el aguardiente de caña, y de ese cuarteto hace una variada y pintoresca vida, con rezagos de actitudes románticas e impulsos quijotescos.

La guitarra es el instrumento predilecto, manejando también con maestría la mandolina, el acordeón y el rondín. En algunas poblaciones existen aún las famosas bandas de tres individuos, a base de una amalgama rara de violín, redoblante y bombo, entre las que se destaca ya la famosa «Banda del Mate», cuyos instrumentos se vienen heredando de padres a hijos desde la colonia a nuestros días. Esas bandas las organizaron los religiosos españoles para celebrar las fiestas patronales durante la dominación ibérica.

En sus jaranas y fiestas que es donde el Montuvío está en colectividad, toca y canta el «amorfino» y juega papel importante el «contrapunto» o desafío de improvisadores, donde luce sus cualidades de poeta agudo o ingenioso, cuyas improvisaciones nos dejan a veces sorprendidos por el juego de ideas y palabras.

En la provincia de Manabí el tono más popular es la «polca», a cuyo compás danzan admirablemente. Esta «polca» no es la tradicional Polka europea, es un tono marcado, de entusiasmante compás y que el montuvío baila con garbo y majestad, que da a las mujeres un aire gracioso y atractivo, sin sensualismo ni excitación. Suponemos que el nombre de «polca» viene por marcarse el mismo tiempo y modulaciones de la Polka mundialmente conocida.

En ciertas poblaciones de los Ríos y aún del interior del Guayas se cantan y bailan todavía las pintorescas tonadas de «La Puerca Raspada», «El Alza que te han visto», «El Sombrerito», este último en algunos pasajes semeja al Jarabe Tapatío en el acto de bailar la moza en el ala del sombrero del galán. En Manabí es común, por la zona norte, la famosa «Iguana», aquel «amorfino», que tanto gustó al visitador español Valdéz de Ocampo en «Tambo Regio» hace la friolera de 220 años, a su paso por dicha población, donde se-

guramente presencié un sarao típico. Tambo Regio que fué luego Bodegas, que es hoy Babahoyo.

Desgraciadamente no se han hecho de nuestros bailes y cantos populares estudios serios, y lo que es más triste: en las ciudades se los desconoce por completo. En Esmeraldas, como en el sur de Colombia, el instrumento predilecto es «la marimba», de importación africana, que forma orquesta con el «cununo» y el «alfandoque» y los bailes y tonadas más conocidas son: «la canoa», «el torbellino» y la «rosa». El «amorfino» también lo tocan en marimba, valiéndose de él para sus contrapuntos e improvisaciones. La marimba, semejante, pero no igual a la centroamericana, es un instrumento rudimentario de madera, que se toca con bordones o palos con un motón de caucho crudo en las extremidades. La mayoría de las marimbas no completan la escala musical. El «alfandoque» es un madero vacío en su interior, de tamaño pequeño, con piedrecitas o granos que le dan sonidos de «sonaja.» El «cununo» es un tambor prolongado que se toca con las manos, como el de Panamá que sirve para el baile del «Tamborito.»

Parece que el «amorfino» es el canto y tonada más generalizado en todo el Litoral ecuatoriano, siendo en nuestra música criolla lo más nacional que tenemos, como el San Juanito en la Sierra, pues cruzando a Tumbes por el Sur y a Tumaco por el Norte, «el amorfino» es desconocido.

El joven compositor manabita, Manuel de Jesús Alvarez, natural de Chone y miembro del Comité de nuestra Asociación en esa ciudad, ha sido el único que se ha preocupado en divulgar las tonadas manabitas y proporcionar a los curiosos en un folleto explicaciones bastante detalladas sobre ellas. Para dar una vaga idea de la música vernácula manabita, reproducimos aquí algunas notas del folleto de Alvarez, que por ser el primer trabajo de difusión que de nuestra música costeña se ha hecho, merece nuestro aprecio y gratitud imperecederas. He aquí una apreciación general: «El Montuvio desconoce la escritura y técnica musicales, pero en cambio tiene un asombroso espíritu intuitivo: crea, retiene y distingue la modulación con facilidad. Los motivos de su música son sus sentimientos y la naturaleza. Distingue el tiempo de Polca y el de Danza; expresa su música en pieza de uno y dos períodos. Las de un período las llama CAMINANTES y las de dos, AMORFINOS. La «camínante» consta de 8 compases y el

«amorfino» de 16. Tanto la «caminante» como el «amorfino» no tienen más de dos o tres modulaciones distintas. La música montuvia, invariablemente se desarrolla en DO MAYOR o en LA MENOR. En el menor se observa el error a que estaba sujeta la antigua escala, sin sensible característica. Observa, casi siempre, el compás de 3 por 4.

Este párrafo dará una ligera idea acerca de las modalidades musicales montuvias en general y en especial de la provincia de Manabí, y si no comprendiéramos que sería penoso para el auditorio hacer una extensa y prolija descripción de sus fases pintorescas que usan en sus bailes, sus frases de fina galantería para la pareja, que son verdaderas y elocuentes declaraciones de amor, lo haríamos con sumo agrado, pero ofrecemos obsequiar a los oyentes en otra ocasión, donde nos dedicaremos especialmente para dar a conocer con sugestivos detalles la vida, costumbres y cualidades de nuestro personaje estudiado.

Queremos también anotar que la palabra «tono» con que he designado la tonada popular, es usual entre el pueblo «montuvio» y que coincide con el nombre que dan los criollos panameños a sus canciones y bailes.

No pasaremos tampoco por alto los nombres de José Vicente Blacio, Pedro Pablo Traversari y Constantino Mendoza, autores de partiduras montuvias. Blacio Pazmiño fué el primero en el Ecuador que escribió una romanza con tema montuvio; Traversari puso música a una zarzuela típica, con admirable propiedad de estilo, y Constantino Mendoza ha escrito varias canciones, que no han podido popularizarse por la reprochable «pasillomanía.»

Desgraciadamente, en los festivales típicos que nuestra organización ha organizado en Guayaquil, no hemos alcanzado hasta hoy a presentar una «verdadera» feria de usos y costumbres montuvias, y, sin embargo, lo poco que se ha logrado presentar ha entusiasmado muchas veces a los habitantes de la ciudad y despertado simpatías hacia el campesinado costeño.

Ante todo, y con la entereza que nos acredita la honradez de principios debemos confesar que gracias a la Asociación del Montuvio y su labor, defectuosa unas veces y otras acertada, el Montuvio es un personaje que ha despertado la atención de los sociólogos ecuatorianos. Antes de 1926 se enfocaba sólo los problemas del Indio del altiplano, conside-

rándose al «montuvio» como un sér ya ingresado a la civilización o ajeno a la atención legislativa. Desde entonces para acá no hay proclama de candidatos a la Presidencia de la República que no contemple la bifaciedad del problema, el Indio y el Montuvio, y hasta 1928 el Partido Socialista Ecuatoriano apenas sí había logrado enunciar la necesidad de preocuparse en particular de la clase campesina de la Costa, con la denominación Montuvio, en especial. El actual programa de la Vanguardia Revolucionaria Socialista Ecuatoriana, reciente partido político de carácter socialista, enfoca de hecho el problema «montuvio» como una necesidad «especial» en el movimiento socialista nacional.

Y continuaremos afirmando que nosotros poseemos, no obstante la ceguera de muchos en reconocerlo, uno de los personajes más pintorescos y notables de la América Hispana. El Gaucho ya no existe y los que vemos están arreglados para explotarse en los teatros; el Charro va quedando como personaje legendario; el Goajiro ha perdido el ochenta por ciento de su personalidad típica, lo mismo que el Llanero, y el genuino «manuto» panameño ha sufrido en su tradicionalismo el cambio que trae consigo la implantación de costumbres cosmopolitas en un país invadido por el turismo. Nuestro montuvio se conserva en el interior de muchas provincias del Litoral intacto, con toda su riqueza folklórica, su alma vernácula, con todo su raudal generoso de ingenuidad y valor.

Mas todo nuestro esfuerzo será vano ante la inercia de los Poderes Centrales, ante esa aberración despectivista que los gobiernos observan para todas estas cosas, ante esa falta absoluta de estudios sobre la psicología popular de parte de nuestros legisladores y, ante todo, por los intereses creados y las ambiciones de nuestros gamonales, que aún conservan la esperanza de enriquecerse a costa de la ignorancia y el envilecimiento de nuestras clases populares.